EL TEATRO MODERNO



ENCADENADAS



Marcelino Domingo

ENCADENADAS

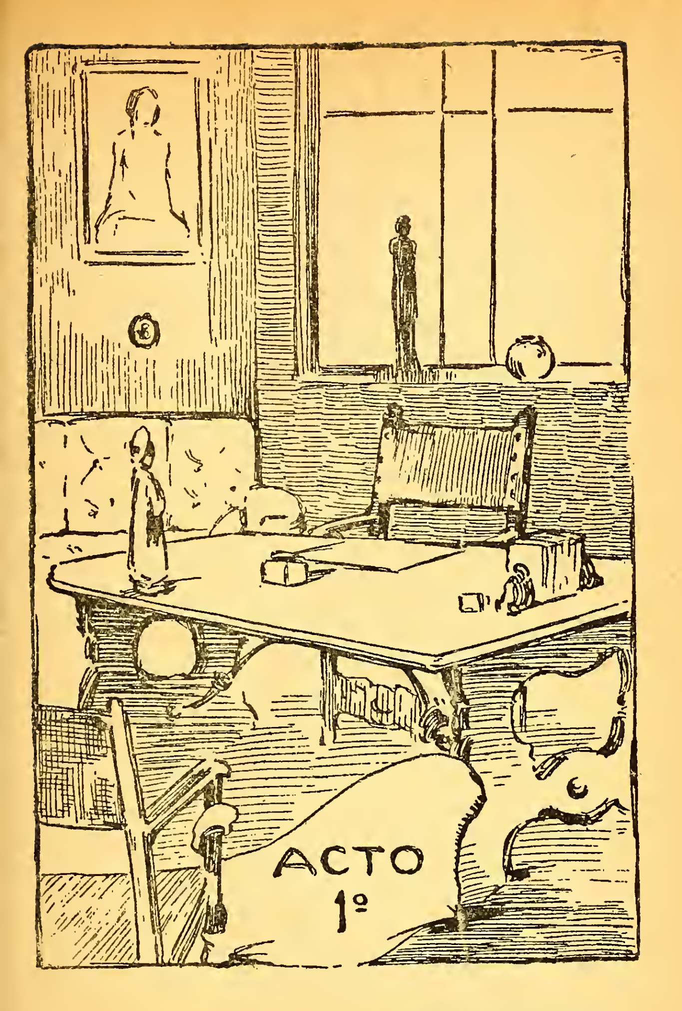
DRAMA EN TRES ACTOS

Estrenada en el teatro Campos Elíseos, de Bilbao, el 11 de diciembre de 1930

AÑO VII 20 - VI - 1931 NÚM. 300

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Ana...	*Emilia Vega.*
Elvira...	*Pura Martínez.*
Benigna...	*Eugenia Zúffoli.*
Matilde...	*María Carrizo.*
Monja 1.ª...	*Ana Abarca.*
Monja 2.ª...	*Carmen Dafauce.*
Don Bienvenido...	*Germán Cortina.*
El médico...	*Esteban Serrador.*
Enrique...	*Félix Dafauce.*
Ricardo...	*Félix Dafauce.*


ACTO
1º

ACTO PRIMERO

Un despacho. Muebles severos. Biblioteca. Frontero a la mesa, un lienzo: es la figura de Elvira. Reproducciones de Goya y del Greco. Alguna escultura. Puerta al fondo y a la derecha. A la izquierda, espalda a la mesa de trabajo, un amplio ventanal.

ESCENA I

Don Bienvenido y Benigna.

Don Bienvenido es hombre de sesenta años. Lleva barba: una barba blanca, recortada, cuidada Viste siempre de negro, pulcra y elegantemente. Benigna cuenta la misma edad que don Bienvenido: es la criada que solo ha servido en una sola casa y que conoce todos los secretos de ella. Su estatura aparece disminuída por su volumen. Don Bienvenido, sentado en una butaca, frente a un velador, toma una taza de café; Benigna le sirve.

DON BIENVENIDO

No llames a nadie. Espera. Deja que tome el café y lo repose.

BENIGNA

Es que le aguardan a usted con impaciencia.

DON BIENVENIDO

Vísteme despacio, que voy de prisa... ¿No lo habías oído nunca?

BENIGNA

Mil veces a usted mismo. Pero es que hay momentos...

DON BIENVENIDO

¿Dónde está la señora?

BENIGNA

En su cuarto, llorando. Va a cegar de tanto llorar.

DON BIENVENIDO

¿Y el señor?

BENIGNA

En el suyo, dando vueltas de arriba abajo, con las manos a la espalda, la cabeza baja y respondiendo con gritos a cuanto se le pregunta.

DON BIENVENIDO

¿Y ella?

BENIGNA

¿Elvira? ¿La señorita Elvira? En su cuarto también, arreglando sus papeles y sus trapos con una sangre fría que acaba de encender la sangre de los demás. Me la enciende a mí, que usted mismo dice que por mis venas corre horchata en vez de sangre. Ni le cae una lágrima, ni le sale del alma una palabra de consuelo para esa pobre madre desesperada. Es seca de corazón.

DON BIENVENIDO

Es como quieren que sea los que ahora mandan en ella. Uno no es nunca totalmente como es por dentro, sino que es en gran parte como son quienes le rodean. Por esto no es uno siempre el mismo, sino que en el espacio de

un día se es por la tarde otro del que era por la mañana.

BENIGNA

Sea como sea, que yo no entiendo de todas estas cosas, lo que sí veo claro es que no es como debiera de ser y como era... ¿Por qué llegó a poner ese maldito hombre los ojos en ella?

DON BIENVENIDO

Porque alguien había de ponerlos algún día... Ese, aquél, alguien... Y posiblemente, con mayor o menor intransigencia, todos se hubieran conducido de igual manera.

BENIGNA

Tan magníficamente como se vivía en esta casa, donde solo se oían cantos y se veían risas en los labios, y todo era felicidad.

DON BIENVENIDO

Todo era felicidad y ya no lo es.

BENIGNA

¡Ya no lo es! Esta sí que es una sentencia que, con cuatro palabras, dice más que lo que puedan decir todos esos libros que hay aquí. ¡Ya no lo es! No lo es, ni lo será nunca más.

DON BIENVENIDO

¿No lo será nunca más? Esto es el porvenir, y el porvenir, para los que creen en Dios, sólo Dios puede predecirlo. Y Dios, mi querida Benigna, no somos ni tú ni yo. Yo, por lo menos, no lo soy. Pero la felicidad es tornadiza y voluble: se marcha repentinamente de allí donde parecía eterna y va inopinadamente allí donde parecía que por siempre se había alejado o no había tenido el capricho

de detenerse nunca. ¿Quién sabe cuándo se es feliz o cuándo se deja de serlo? ¿Quién sabe, siquiera, lo que es ser feliz?

BENIGNA

Yo lo que digo es que cuesta menos descoser que coser, y que, mucho más que coser, cuesta recoser, y que allí donde ha habido descosido, por muy bien que se recosa queda siempre señal...

DON BIENVENIDO

Eres ahora tú la que filosofas, y ésta es la influencia mía sobre ti... Lo que hablábamos antes de las compañías... Sírveme dos gotitas de coñac. *(Benigna se lo sirve y don Bienvenido lo sorbe de una vez.)* Así... Y ahora llama al señor...

BENIGNA

¿Y a la señora? ¡Está desesperada!

DON BIENVENIDO

Llama al señor... Y no insinúes siquiera a la señora que yo he llegado... *(Se va Benigna por una de las puertas laterales, significando con un ademán expresivo la tortura de su espíritu.)*

ESCENA II

Don Bienvenido y Ricardo.

Ricardo es hombre de cuarenta y cinco años. Alto, afeitado. Empieza a tener su cabeza un tono gris más negro que blanco todavía. Viste elegantemente.

RICARDO

(Entra con apresuramiento.) ¿Nada?

DON BIENVENIDO

Mucho. Pero todo malo.

RICARDO

Sí. Que para nosotros es lo mismo que nada. Lo presentía. Y lo que más siento es que usted haya pasado por la humillación de esa entrevista, y nosotros, considerándole a usted, por la afrenta de nuestra debilidad.

DON BIENVENIDO

No, Ricardo. Ni la humillación en mí ni en vosotros la afrenta. Vosotros y yo hemos cumplido un deber: el deber sagrado de evitar que una hija se separe de su madre. Como las cosas del mundo no son nunca definitivas, no quedan nunca definitivamente canceladas, es bueno desenvolver todas nuestras actividades para que se produzcan como nosotros creamos que deben producirse, y si la fatalidad hace que nuestras actividades sean inútiles, que, cuando menos, nos quede hoy el consuelo y mañana el derecho a la invocación de haberlas empleado. No ha de doler nunca hacer bien, aunque con el bien no podamos evitar de momento el mal. El mal acabará por dar la razón a quien hizo bien, y entonces será la hora de decir: «Si me hubieras creído...», «Si, en vez de andar por la derecha, hubieras andado por la izquierda, como yo te señalaba...».

RICARDO

La rectificación llega a veces muy tarde... Cuando ya no es tiempo para nada.

DON BIENVENIDO

Y a veces llega muy pronto, cuando aun es tiempo para todo... ¿Me permites, sin consideraciones generales, que hable de hechos concretos? Los padres del novio de Elvira, irreductibles, dicen que tú y Ana no estáis casados, y que si el matrimonio de Elvira con su hijo ha de reali-

zarse, Elvira ha de salir inmediatamente de aquí y quedar depositada en un convento... No va en razones ante esta exigencia dura, seca, pronunciada con la frialdad del juez que pronuncia una sentencia. No vale que se diga quién eres tú y quién era Ana, y quién era el marido de Ana; vuestra vida ejemplar durante veinte años, casi la edad de Elvira, que no ha conocido a otro padre que a ti, a quien ha parecido idolatrar hasta ahora... No vale nada: ni palabras que hablen a la razón, ni palabras que hablen al corazón; es una de esas familias toda ella ficción, y como la ficción es más exigente que la verdad, no transige. Habla de la religión, de los deberes sociales, del honor, de los ojos de la gente, del tono de la casa, como si hablara de aquellas divinidades que necesitan cada día tributos de sangre y que son ciegas en sus designios... Jesús fué tolerante con la Magdalena; los fariseos quisieron apedrearla... Ya ves, pues, que no es de ahora esto, ni de tu casa... Si fuera una familia creyente, podría esperarse de ella: pero es una familia que finge creer, y es inútil todo.

RICARDO

¿Y el novio?

DON BIENVENIDO

¿Enrique? Estaba allí... Apenas despegó los labios... Miraba a su madre y asentía a todas sus afirmaciones... Solo al final, cuando ya me iba, su madre, como librándose de una responsabilidad, dijo que él, mayor de edad, era, de todas maneras, quien había de decidir; pero que si decidía contra la voluntad de sus padres, la casa de sus padres quedaba para él cerrada. ¿Qué había de decidir un muchacho que no posee otro medio de fortuna que la fortuna que herede, y que no sabe lo que es tener voluntad propia?

RICARDO

Así... Todo perdido.

DON BIENVENIDO

Todo perdido en esta batalla de hoy. Pero la guerra no

la gana quien va ganando las batallas, sino quien gana la batalla final.

RICARDO

¿Y Elvira?

DON BIENVENIDO

¿Elvira, qué?

RICARDO

Hablarla.

DON BIENVENIDO

¿Hablarla, quién?

RICARDO

Usted.

DON BIENVENIDO

Yo no. La dije ayer cuanto debía. Yo no le hablo más... Para ella, en este momento, solo hay un problema en la vida: casarse. Por lo que le dicen, o por lo que se dice ella a sí misma, cree que Ana y tú sois un obstáculo para su matrimonio y prescinde de vosotros sin ningún dolor de conciencia.

RICARDO

¿Y dejará esta casa?

DON BIENVENIDO

La dejará hoy sin que le caiga una lágrima de los ojos... Parece imposible... Le parecerá imposible a su madre, que la ha traído al mundo, y a ti, que la has cuidado y querido como si fuese hija tuya... Me parece imposible a

mí, que la he visto, en un abrir y cerrar de ojos, pasar de niña a mujer ; de tenerla en mis rodillas a verla escaparse de mis manos ; pero no es imposible... Es la vida, la vida brutal, inspirada más por egoísmos que por generosidades ; más sacrificando a los otros que sacrificándonos nosotros por los otros... La vida, que ha sido y será así, que solo nos enteramos de ello cuando el golpe cae sobre nuestra cabeza.

RICARDO

¡ Pobre Ana ! ¡ Pobre madre !

DON BIENVENIDO

A Ana es a quien precisa fortalecer, y por esto te he llamado a ti antes que a ella. ¿Ha de decírsele toda la verdad, crudamente, o una parte de ella? ¿Hay que disponerla para que resista o para que transija? Mi consejo, el consejo de quien os conoce y os quiere, a quien uno y otro hacéis el honor de aceptar como consejero, es éste : conocer la parte de verdad que dé la sensación de toda la verdad, y transigir... Decirle cuanto hay y dejar las puertas abiertas para que por ellas salga quien se resiste a estar aquí, aunque quien salga sea su hija. ¿Qué mejor sería recluir a Elvira por designio vuestro? ¿Encerrarla en esta casa haciéndola sentir la autoridad de madre? Esto no solo no remediaría nada, sino que lo agravaría todo. Cuando la casa se convierte en cárcel, habría de haber una ley de conservación de la dignidad humana que la disolviese. No hay nada más relajador de todos los vínculos que una casa en la que todos están en ella a la fuerza...

RICARDO

¿Y si pretextásemos un viaje y nos ausentáramos de aquí hasta que se hubiese realizado el matrimonio? Evitaríamos el dolor de la ruptura.

DON BIENVENIDO

Ya he apuntado yo esta solución, pero es inútil. Esa gente,

que es toda ella ficción, no acepta la ficción en los demás: exige realidades. Y la realidad es ésta: la separación pública, conocida, de la madre y la hija. La hija es la única que podría oponerse; pero a la hija se le ha secado el corazón, y no hay, por consiguiente, nada que hablar. ¿Quieres llamar a Ana? *(Ricardo suena el timbre.)*

ESCENA III

Dichos y *Benigna.*

BENIGNA

(Quiere descubrir en la cara de uno y otro todo lo que sucede.) ¿Buenas noticias? Malas, ¿verdad? Malas, sí...; no hay más que mirarles a la cara...

RICARDO

Malas siempre. Tú eres un puntal en esta casa que se viene abajo... Has visto nacer a Elvira... Has seguido a la señora cuando se separó de su marido. Has asistido a la formación de la nueva casa y sabes, como pocas, lo que esta casa ha sido en ejemplo de conducta y en afecto. ¿Por qué ha de ocultársete nada, si se te ve llorar por los rincones como si también a ti te arrancaran algo del alma?

BENIGNA

¿Se va Elvira, la señorita Elvira?

RICARDO

Se va sin remedio.

BENIGNA

¿Deja a su madre? ¿Deja a usted, que ha sido más, mejor que su padre, por ese santurrón hipócrita?

RICARDO

Nos deja a todos.

DON BIENVENIDO

Te deja a ti y me deja a mí, que aunque no parezcamos nadie, somos también algo: tú la viste nacer; yo la vi crecer... Algún derecho podíamos tener sobre su corazón. Y ya ves: nada. Pasa de repente uno por la calle, un cualquiera, y le ordena: «Abandónalo todo si quieres venir conmigo.» Y, sin protesta, la niña les dice adiós a los suyos. ¿De qué debemos estar hechos? Uno, a veces, quisiera desmontarse como se desmonta un reloj y ver de qué sustancia son muchas de nuestras entrañas, y qué ley, qué mala ley regula la marcha de ellas.

BENIGNA

Yo no entiendo nada de esto, que creo que solo sabe Dios, si es que Dios existe, que hay momentos en que se pierde hasta la fe en lo más alto. Lo que digo es que cada uno está hecho de una sustancia distinta, y cada uno se mueve por dentro de diferente manera. Yo, por ejemplo, no me he visto en la vida en trance como el de la señorita Elvira ahora; pero si me hubiera encontrado en él, yo no habría hecho, por nada del mundo, lo que ella hace.

RICARDO

Di a la señora que venga...

BENIGNA

¡Pobre señora! Yo daría mi sangre por ella; y su hija, por quien ella ha dado su sangre, mírenla... Cuando se ven estos casos, una se alegra de estar sola: así no ha de temer que le arranquen los ojos los cuervos que una ha criado. *(Sale.)*

ESCENA IV

Ricardo, don Bienvenido y Ana.

Ana está en los cuarenta años. Alta, guapa. Su ademán es suave, femenino, pero enérgico. Entra pausadamente.

ANA

¿Qué dice esa gente? *(Pausa.)* ¿No transigen?

DON BIENVENIDO

No transigen. ¿Para qué ocultártelo? No transigen. Exigen que, para continuar las relaciones de su hijo con tu hija, tu hija salga de esta casa y quede depositada. En el novio manda la madre, una mujer seca de alma, con esa rigidez de las austeridades incorruptibles porque no han sido nunca tentadas, o porque necesitan velar con la inflexibilidad exterior la corrupción interior. El novio no tiene otro ingreso que la renta que ahora le entrega esa madre, y cuando la madre muera, lo que de ella herede... Excuso decirte, pues, lo que del novio puede esperarse...

ANA

Ya suponía yo que era un paso en falso...

DON BIENVENIDO

Pero había de darse para que no te cupiera el remordimiento de haber dejado una puerta sin llamar.

ANA

(Sentada. Con las manos tendidas y cruzadas.) ¡Todo perdido! ¡Todo perdido! Me sucede a mí y me parece imposible. ¡Qué traidora es la vida! Cuando uno cree andarla con seguridad y con dignidad, de repente ella misma te desvía y te enloquece, y acaba por perderte.

DON BIENVENIDO

Ha de querer ser uno lo que quiera ser, sin importarle lo que la vida se empeña en hacerle... Sólo son arrastrados por la vida, plumas a merced de todos los vientos, los débiles... Y tú no eres débil...

ANA

No lo era. ¡Qué sé ahora ya lo que soy! Me encuentro tan distinta, con tan poco afán para nada... ¡Esa hija! ¡Esa hija! Ella es la más culpable... Porque los demás han podido pedirla, exigirla... Están en su derecho. ¿Por qué iban a tenerme consideración? ¿Pero ella, ella? Ella que sabe cómo soy y cómo fuí; que conoce lo que es esta casa... Esa hija para quien he sido la mejor de las madres... Pero la mejor de las madres puede convertirse en la peor de las mujeres cuando son malos con ella los que tienen el deber de ser buenos. ¿Qué quieren? ¿Guerra? Pues habrá guerra. Esta es mi casa y de aquí no saldrá sin mi consentimiento... ¿Quiere irse? Pues yo la encerraré en su habitación y no hablará con nadie... Y veremos quién se cree con derecho o con fuerza para separarla de mí.

RICARDO

Esto es una locura.

ANA

¿Una locura defender con uñas y dientes aquello que más se quiere en la vida?

DON BIENVENIDO

Una locura defenderlo así. La fuerza ha sido y será siempre el instrumento más débil para sostener la razón... ¡Pobre razón la que necesita de la fuerza para prevalecer! ¿Qué podría suceder si siguieras esa táctica que dices? Que tuvieras a Elvira sujeta un día, una semana, un mes, un año... ¿Crees que la reconquistarías con esto? Al contrario. La perderías definitivamente. El amor nos hace perder la ca-

beza. Es tu caso ahora amor de madre ; es el de tu hija : amor de mujer. Pero otros sentimientos tan fuertes o más fuertes que el amor nos hace perder la cabeza también : el amor propio, el querer salir uno con la suya, el no resignarse a aparecer como vencido, la ira, la soberbia... ¡ Dios sabe en qué se convertiría tu hija si tú por medio violento quisieras retenerla !

ANA

¡ Que se convirtiera en una fiera ! Mejor. Preferiría perderla así, en guerra a muerte la una con la otra, desapareciendo todo afecto, sin ser ya más que dos mujeres, que perderla friamente, sintiendo como un desgarro del corazón que es mi hija la que se va y considerándome yo únicamente madre, su madre. Así no me resigno, no me resigno, por más palabras que me digan, por más reflexiones que me hagan... No me resigno... O la encierro, o si se va por creerme indigna de vivir con ella, en la pendiente del descrédito ya sin fuerza ni estímulo en mí, me lanzo a una vida de escándalo que manche a todos, a ella más que a ninguno.

RICARDO

Esto no puedes tú hacerlo, Ana...

DON BIENVENIDO

Esto, serenamente, no debes tú ni pensarlo... Vuelve a la razón, pobre muñeca mía, cabecita siempre clara, justificadamente perturbada ahora ; vuelve a la razón : a esa razón que te ha hecho ser siempre una voluntad inteligente. Oye, óyeme a mí, a quien has aceptado siempre como un padre, como un consejero : a quien has buscado y atendido en las horas difíciles de tu vida. Tu hija se va sin remedio. No te desesperes : oye... Se va... Podrías tú retenerla acudiendo al juez alegando tu derecho de madre ; podría ella sostener que ese hombre no es su padre y que tú vives con él... Aunque dijeras lo que fué su padre, que ella conoce a ese hombre aquí casi desde que nació... Aunque tú probaras que esa casa es un ejemplo de buenas cos-

tumbres, el juez, posiblemente, resolvería quitándotela... Esto del matrimonio indisoluble y de la imposibilidad de reconstituir con amor el hogar que quiso y no pudo constituir la ley, es sólo de aquí; pero es. Y los ojos de la gente, estos ojos tan benévolos para las apariencias externas aunque ellas encubran las mayores monstruosidades, y tan duros para quien no cubre las apariencias aunque en el fondo sea un santo; los ojos de la gente que, con el matrimonio, aceptan las uniones más escandalosas, sin el matrimonio no aceptan ni las uniones mas puras. ¿Sabes qué quiero decirte con todo esto? Que no sólo hay una ley que puede privarte de tu hija, sino que hay una mentira convencional que apoya esta ley. Si tu hija sintiera en la vida la ambición de ser una gran cosa, una gran individualidad, se reiría de la ley de la convención y seguiría viviendo en ti lo que tú has sido hasta ahora para ella: una maestra y una amiga. Pero tu hija no siente otra ambición que la de casarse y casarse como quiere el futuro marido; y, naturalmente, para ella, por encima de todo, sólo existen la ley y la convención. Sabe ser madre, Ana: que el saber ser madre no es sólo crear los hijos, ni criarlos, dandoles un nido, sino verlos volar cuando se creen con derecho para hacerlo, y mirar sin desesperación el nido vacío, el nido que con su sangre y con su alma hizo uno para ellos... Todos hemos sido hijos y porque todos, de una manera o de otra, nos hemos conducido así con nuestros padres, hemos de soportar que cuando somos padres se conduzcan así con nosotros nuestros hijos. Para este mundo de la ley y de la convención, tu caso, expuesto con toda la brutalidad, es esto: una mujer separada de su marido y que vive con otro hombre. ¿Que con este hombre vive hace veinte años; que, en otro país, esta nueva unión pudiera ser consagrada por la ley? Sí. Pero aquí, para los ojos de la gente, no para la moral íntima, que ésta es muy distinta; para los ojos de la gente, es como yo te digo. El caso de tu hija, con toda brutalidad también, es este otro: una muchacha a quien para casarse perjudica la situación de su madre. Un hombre fuerte, como ése, como yo, habría dicho a Elvira lo que ya dijo San Agustín: «Quiéreme y haz lo que quieras». Pero Elvira ha encontrado como hombre a quien es todo ley y convención, y un hombre así, por cristiano que sea, es incapaz de hablar como San Agustín. En resu-

men, niña mía, cabeza torturada, corazón bueno, que si tu hija no aspira en la vida más que a casarse, no debes ser tú obstáculo para esta aspiración, que se case. Y si para casarse ha de irse, que se vaya. La vida no es un momento de gozo infinito, ni un momento de dolor desesperado: la vida son muchos gozos y muchos dolores .. Y, sobre todo, muchas reparaciones. Tú conserva tu puesto junto a ese hombre que unió su vida a la tuya; consérvalo con la dignidad y la serenidad con que lo has mantenido hasta ahora... Y deja que una clase lleve mar adentro a tu hija; otra ola la traerá a tus pies... Tú procede de manera que pueda volver y que, cuando vuelva, no sea ella quien tenga derecho a recriminarte, sino tú quien tengas derecho a recriminarle a ella... Que ésta es la fuerza de los que reciben mal por bien: poder esperar y castigar con el ejemplo del bien a quienes se han conducido mal.

ANA

Gracias, consejero mío, gracias... Me confortan tus palabras, pero no me consuelan. Me alivian, pero no me curan... *(Resuelta.)* Quiero hablar a Elvira... Necesito hablarla.

RICARDO

¿Para qué? Le has dicho tú y le hemos repetido nosotros cuanto era necesario... Provocarás otra escena violenta y no servirá ella sino para intensificar tu pena...

ANA

Lo sé... Pero quiero verla... Hablarla antes que se vaya... Solas ella y yo, cara a cara, corazón a corazón, sin ti, sin nadie... Tráigala usted, don Bienvenido. A usted le obedece todavía...

RICARDO

Habría de impedirte esta última entrevista más dolorosa que ninguna y tan estéril como todas. Pero no quiero. Llámela... Ana, mujer mía, mujer fuerte como pocas: salva

tu alma de este hundimiento... Y no desesperes. Yo extremaré mis atenciones contigo y haré que con mi presencia olvides todas las amarguras... *(Vase don Bienvenido.)*

ANA

Gracias a ti, también. Ricardo, hombre a quien debo, no sé si mi salvación o mi perdición... Gracias... Pero tú no sabes lo que es una hija; si lo supieras, verías cómo no hay presencia que pueda lograr que la olvidemos. Ella viene... Déjame. *(Vase Ricardo.)*

ESCENA V

Ana y Elvira.

Elvira es una muchacha de veinte años. Físicamente es como su madre. Aparece en traje de calle.

ELVIRA

¿Me llamabas?

ANA

Sí.

ELVIRA

¿Para qué?

ANA

Siéntate... *(Elvira se sienta a distancia de su madre.)* No tan lejos... Porque no quiero gritar para hablarte... Voy a hablar tan en voz baja que desearía que el gesto y el aire de lo que pienso decirte ahorraran casi la voz. Siéntate cerca de mí..., más cerca... *(Echándole las manos al cuello.)* ¿Es verdad que te vas, hija mía? ¿Que abandonas esta casa? ¿Que me dejas a mí? *(Elvira esconde la cabeza entre las manos de su madre.)*

ELVIRA

Todos los hijos abandonan su casa y a sus padres cuando se casan...

ANA

Pero tú no te has casado todavía...

ELVIRA

Voy a casarme. Es lo mismo...

ANA

¿Cómo puedes decir «es lo mismo» con esta frialdad? No es lo mismo. No lo es. Los hijos se marchan después de casarse a constituir su nueva casa, pero sin romper con la casa donde han vivido hasta entonces... Tú no marchas así...

ELVIRA

No es mía la culpa...

ANA

¿Quieres decir que es mía?

ELVIRA

Quiero decir que no es mía.

ANA

Elvira... Elvira... Levanta la cabeza... Mírame a los ojos... ¿Cómo puedes haber cambiado de esta manera? ¿Cómo han secado o han envenenado tu alma que puedes hablar en este tono a tu madre? ¿Es que has olvidado todo lo que eres para mí? Un hombre te quiere: tú le quieres a él. No seré yo obstáculo para que sea tu marido. No lo fué desde el momento que me lo confesaste. ¿No te acuer-

das? Hace ya más de un año. Estábamos aquí mismo. Yo, sentada en este sofá; tú, en el suelo, acurrucada a mis pies. Tenía yo las manos sobre tu cabeza, acariciándote los cabellos... Me hablabas tú de amigas, de excursiones... Yo adivinaba que tu pensamiento estaba distraído. De pronto me dijiste: «¿Te disgustaría, mamá, si te dijera que tengo novio?» Pasó un momento que a ti debió parecerte un siglo; me lo pareció a mí también. Si en lugar de bajar la cabeza la hubieras alzado para mirarme, no habría yo tenido necesidad de responderte. «¿Por qué, te dije, ha de disgustarme, si le quieres y es bueno y puede hacer tu felicidad?» Saltaste del suelo. Te cogiste a mi cuello; me comiste a besos, y atropellando con palabras, me contaste quién era tu novio, dónde le habías conocido, las veces que te había hablado... Te oía yo embelesada y apenada. Embelesada, porque veía tu ilusión; apenada, porque la ilusión que yo tenía en ti era otra. Otra. No sé cuál. De niña, y ya casi de mujer, te veía tan distinta a las otras niñas y a las otras muchachas de tu tiempo, que esperaba que en la vida, más adelante, serías también otra. «Quiero ser una gran escritora», me dijiste un día. «Una escritora de mucho nombre y mucha obra.» «Una mujer rodeada de libros y de la que todos los periódicos hablen con admiración.» Y para probar que podías serlo, escribiste versos y empezaste novelas... ¡Con qué fruición me los leías!... ¿No te acuerdas? «No una escritora; no quiero ser una escritora, me declaraste otro día; quiero ser una santa, una santa como Santa Teresa, una santa que corra mundo, funde conventos, diga palabras sabias y ame a Dios con toda el alma. ¿Puedo serlo?», me preguntaste. «Sí. Pero para ello, te respondí yo, es necesario que te apartes de la vida, te separes de mí y te recluyas en un claustro.» «No. Yo no quiero separarme de ti nunca, me contestaste. Lo que yo sea, quiero serlo viviendo a tu lado.» Después de esta confesión pasaste una temporada larga de crisis nerviosa que llegó a preocuparme hondamente. Apenas dormías: delirabas cuando dormías. No comías. Adelgazaste enormemente. «¿Por qué no viajan?», propuso el médico. Y emprendimos una larga excursión: Francia, Inglaterra, Italia. Te distrajo el ver mundo. Te hizo otra... Tan otra, que llegaste a decirme...: «¡Cómo es nuevo todo esto para mí, mamá! Nada. No quiero ser ni escritora re-

cluída entre libros, ni santa entre rejas... Quiero ser artista, una gran artista que vaya de una parte a otra; que viva en estos hoteles suntuosos; que tenga adoradores; que lleve muchas joyas; que pase como una reina por todos los sitios... Artista... Artista...» Algo grande, excepcional, había en ti que creaba las mayores ilusiones; que hacía pensar no serías una mujer como las demás. A veces, durmiendo tú, yo me pasaba las horas mirándote queriendo descubrir todo lo que dentro de ti había. Despertaste una vez y me encontraste así... «¿Qué miras?», me preguntaste. «Nada. Te miro a ti», te dije. «¿Qué piensas de mí?», volviste a preguntarme... «Pienso que un día puede aparecer un hombre que te quiera.» «Yo no quiero hombres», me respondiste sin titubear... «Yo no quiero querer a nadie sino a ti», añadiste. Y me llenaste los ojos, los labios, las manos, la frente de besos... ¿Te acuerdas, habla; te acuerdas?

ELVIRA

Sí...

ANA

De esto, no cumplen aún tres años... Era en Suiza, donde pasábamos el verano... De pronto, cuando menos podía pensarse, apareció el hombre... ¿Comprendes todas las ilusiones que se derrumbaron? Ya no serías artista, ni santa, ni escritora, ni sólo para mí: serías una mujer como las demás y para un hombre, quién sabe quién. Una mujer de un nuevo matrimonio, más feliz o menos feliz que los otros matrimonios, pero igual a todos los matrimonios. Te separarías de mí como se separaban todas las hijas... Me daba cuenta, con dolor irrefrenable, de que moría en ti un gran espíritu. ¿Te dije, sin embargo, una sola vez que desistieras de casarte?

ELVIRA

No.

ANA

Conocido tu novio, pude decirte que no era el hombre

que tú merecías. Pensando que mi pasión de madre podía hacerme ver con los ojos distintos a ti y a él y cometer una injusticia al hacer esta observación, no te dije una palabra. Sólo alguna vez te preguntaba: «¿Le quieres? ¿Le quieres como se ha de querer a la persona con quien se ha de vivir la vida, toda la vida?» «Sí, me respondías sin vacilar. Le quiero. Le quiero tanto como él a mí.» «Pues sé feliz con él y que Dios bendiga vuestra unión», era mi respuesta... De pronto, noté el cambio que se operaba en ti... Me hablabas menos. Reservabas tus intimidades. Me huías. «¿Te sucede algo?, te preguntaba yo inocentemente. ¿Tienes alguna pena?» Me respondías con un gesto evasivo. Un día me di cuenta de todo, de toda la tragedia, al decirme en un tono que me llegó mucho más al alma que lo que me decías, que no era conveniente que fuéramos juntas por la calle...

ELVIRA

Es que sabía ya la verdad...

ANA

¿Qué verdad sabías? ¿Qué sabías de la verdad?

ELVIRA

Sabía que Ricardo no era mi padre ni tu marido. Que mi padre y tu marido era otro que vivía...

ANA

Era otro que vivía y que teniendo tú veinte años no conocías...

ELVIRA

¿Cómo podía conocerle si tú habías puesto otro hombre en su lugar?

ANA

¡Que yo había puesto otro hombre en su lugar! A esta insolencia tuya debía yo contestar cruzándote la cara, porque aun eres mi hija y aun estás en mi casa y aun tengo derecho sobre ti. Pero no quiero perder la serenidad, no lo mereces, y puesto que me hablas como una mujer, como otra mujer voy yo a hablarte también. Oye... El azar me hizo conocer a tu padre. Vivía yo sola, con mis tutores, de los que quería librarme... No sé si me quería, ni si yo le quería a él... No lo sé... Entonces no quise saber ni quién era... Sólo sabía que era mi libertador... Me casé... No tardé mucho en darme cuenta de la locura que había cometido. Tu padre era jugador, mujeriego. Pasaba los días y las noches lejos de mí; gastaba más que ganaba. Cuando me sentí encinta de ti tuve una esperanza: la de reconquistarle y reformarle para ti... Naciste... Por un momento creí que era otro hombre; no se movía de mi lado, trabajaba... Empecé a encontrarme feliz... Creí que había constituído un hogar. De repente, volvió a su vida de antes... En una ocasión estuvo una semana entera sin aparecer por casa... Cuando volvió, le recriminé, le dije que yo de aquella manera no podía continuar... Recuerdo la escena, como si volviera a vivirla. Vino hacia mí como una fiera, me cogió de los dos brazos, me tiró al suelo y me golpeó brutalmente... Se fué después sin cuidarse de mí, sin cuidarse de ti. Aquella noche no volvió. A la mañana siguiente cogí yo las ropas tuyas y mías que había en la casa; te cogí a ti y le abandoné. ¿Hice mal?

ELVIRA

Mi padre podría haber cambiado...

ANA

No era propio de mi temperamento esperar este cambio... Mi deber de esposa no estaba tan en mis entrañas que pudiera hacerme olvidar mi dignidad de mujer.

ELVIRA

Más que esposa y mujer, eras ya madre... Y el ser madre te imponía muchos sacrificios...

ANA

¿Cuáles? ¿Los que te impone a ti ahora el ser hija?

ELVIRA

Es muy distinto.

ANA

Distinto, sí... Pero en daño tuyo. Porque yo al abandonar la casa de tu padre llevándote a ti no echaba sobre ti ninguna afrenta ; y tú al marcharte de aquí, para ir con quien será tu marido, echas sobre mí la afrenta de descubrirme como una mujer con la que con pureza una hija no puede vivir...

ELVIRA

Me echabas, ante los ojos de la gente, la afrenta de vivir con una madre que está con un hombre que no es mi padre...

ANA

¿Los ojos de la gente? ¿Por qué no han juzgado a tu padre antes de juzgarme a mí y a ti? ¿Por qué no han entrado en la intimidad de este hogar en vez de detenerse en las apariencias? Mírate a tu conciencia...

ELVIRA

A mi conciencia no llegan los ojos de la gente.

ANA

Pero llegas tú con los tuyos, si es que tú tienes con-

ciencia, que lo voy dudando. Porque yo que te creía como yo y que me penaba que de tu padre tuvieras el color de los ojos y el gesto de la boca y el tono de la voz, voy viendo que de tu padre tienes el alma, toda su alma mala... No bajes la cabeza. Alzala. ¿Qué puedes echarme en cara para infamarme como me infamas? Dilo... ¿Que vivo con un hombre que no es el que la ley me dió? ¿Cómo no se debe haber conducido este hombre contigo y conmigo, que hasta ahora no has conocido quién era? Deberías besar por donde ese hombre pasara... ¿Que no es tu padre? Con mayor motivo; porque sin serlo, con su conducta te ha hecho creer que lo era... El nos recogió... Uní yo, después, no sé si por reconocimiento o por afecto, mi vida a la suya... Trabajó para que no te faltara a ti nada. «Que Elvira no pueda decir nunca, repetía, que por no tener padre no vive como debiera.» Hizo de su vida una misión que consagró a nosotros dos. Ser padre no es un derecho: es un deber. Y este deber lo ha cumplido el hombre a quien le quitas el derecho de llamarle padre.

ELVIRA

No lo tiene.

ANA

Ni lo quiere.

ELVIRA

Preferiría que no lo hubiera querido nunca.

ANA

¿Y qué hubiera sido de ti?

ELVIRA

No me importa... Lo que me importa es saber lo que soy hoy...

ANA

Eres lo que eres... Una mujer a quien tu madre te ha

enseñado a encontrar a Dios dentro de ti; que has sido instruída para que pudieras bastarte a ti sola en la vida; que no has visto junto a ti otro ejemplo que el de un hombre y una mujer que se respetaban y te querían llamándote hija con toda el alma; que no has tenido nunca plomo en los pies para volar hacia donde tus impulsos te llevaron... Eres lo que eres, aunque yo sea lo que sea... ¡Qué poco te quiere quien ha de mirarme a mí para juzgarte a ti! ¡Qué malos son quienes para aparentar que tú eres buena para acercarte a ellos te apartan de mí porque piensan que yo soy mala! ¡Qué cruel harán tu vida quienes necesitan de la ley y de la convención, y en las horas de pasión del amor piensan friamente en los ojos de la gente y se detienen ante ellos! ¡Elvira, hija mía, hija mía! ¿Por qué no hablas, como yo te hablo, a tu novio y a la madre de tu novio y a cuantos exigen mi sacrificio, y les dices quién soy yo y qué he sido yo para ti, y qué es esta casa sobre la que echan con injusticia el estigma? No tienen derecho a separarme de ti: no es humana esta separación... La conveniencia de ellos no puede ser a costa de esta tortura mía. ¿Quieres que yo les vea, Elvira?

ELVIRA

No lo intentes... No te recibirían.

ELVIRA

¡No me recibirían! ¿Y me lo dices así, con esta sequedad de alma, sin que te caiga una lágrima?

ELVIRA

He llorado ya mucho...

ANA

Más llorarás... Y más desesperadamente que yo, porque ha de haber un castigo en el cielo para quien se conduce como tú... Vete, sí... Y vete pronto... Vete antes que yo te eche, te ahogue en mis manos... Vete... No te maldigo, porque no sé maldecir... Porque no soy mala... Si lo fuera,

te diría que deseo que tus hijos escapen de tu lado como tú escapas ahora del mío, y que sufras cuando seas madre el dolor que yo ahora sufro... *(Ana cae desplomada en el sofá. Elvira, que se ha puesto de pie hace rato, sale por la puerta por donde entró. En los últimos momentos de esta escena están ya presentes Ricardo, don Bienvenido y Benigna.)*

ESCENA VI

Ana, Ricardo, don Bienvenido y *Benigna.*

RICARDO

Ana... Ana mía...

DON BIENVENIDO

Podías haberte evitado este nuevo disgusto... ¿No ves que es toda de los otros?

BENIGNA

¿Quiere algo mi señora; mi pobre señora, mi señora, mejor que todas las vírgenes del cielo?...

DON BIENVENIDO

Quiere que nos la llevemos... Que la tendamos en la cama... Cógete así, de mis brazos; apóyate fuerte en él y en el de Ricardo... Vamos... *(Incorporan a Ana y se la llevan por una puerta lateral. Benigna levanta el tapiz para que pasen; va a salir también... Pero oye el timbre de la puerta y se dirige hacia el fondo izquierda.)*

ESCENA VII

Dos monjas y *Benigna.* En seguida, *don Bienvenido.*

Entran las dos monjas precedidas de Benigna. Esta sale por la puerta por donde ha marchado Ana, Ricardo y don Bienvenido, y vuelve al momento acompañada de don Bienvenido. Don Bienvenido avanza. Benigna queda frente a la puerta.

DON BIENVENIDO

Hermanas...

MONJA PRIMERA

Traíamos esta carta para la señora...

DON BIENVENIDO

Como supongo de qué se trata, no les importará que la abra yo... *(La lee nerviosamente.)* Está bien... Benigna: di a la señorita Elvira que la esperan. Que puede dejar cuando quiera esta casa...

BENIGNA

Señor...

DON BIENVENIDO

Obedece... *(Benigna, sollozando, sale por la puerta por donde salió Elvira. Al momento vuelve con ella. Elvira se ha puesto un sombrero y lleva un saco de mano. Benigna va cogida de su brazo.)*

BENIGNA

Elvira... Niña mía... No seas loca... Mira que matas a tu madre... Que dejas esta casa como un cementerio...

DON BIENVENIDO

Déjala. Que cumpla su voluntad... Hay un mandamiento de la Ley de Dios, hermanas, no sé si el primero o el último, porque con lo que veo Dios y sus mandamientos han escapado de mi cabeza, que dice: «Honrarás padre y madre»... No explica el mandamiento si en algún caso deben dejarse de honrar; es que Dios posiblemente creyó que por muchos que pudieran ser los pecados de los padres mayor debería ser siempre el reconocimiento de los hijos, y que fueran los padres como fueran, los hijos tenían el deber de honrarlos siempre... Y yo digo que honrar es querer y que no les quiere el hijo que los abandona... Esta señorita abandona a su madre, y ustedes, hermanas, que visten hábito religioso y que han hecho de la religión una misión, la acompañan. Ustedes y ella con este acto que realizan faltan a la Ley de Dios.

MONJA SEGUNDA

Nosotras somos mandadas...

DON BIENVENIDO

Son mandadas, más que nadie, por los mandamientos que Dios nos ha dado: a nosotros, para que los cumplamos; a ustedes, para que los practiquen y los enseñen.

MONJA PRIMERA

Es que...

DON BIENVENIDO

Sólo acepto una explicación: que se vayan sin llevarse a esa señorita...

ELVIRA

(Acercándose a don Bienvenido.) Ellas...

DON BIENVENIDO

No te acerques... No acepto tampoco de ti otra explicación que ésta: que dejes a esas mujeres y te quedes con tu madre...

MONJA SEGUNDA

No podemos... Tenemos esta orden.

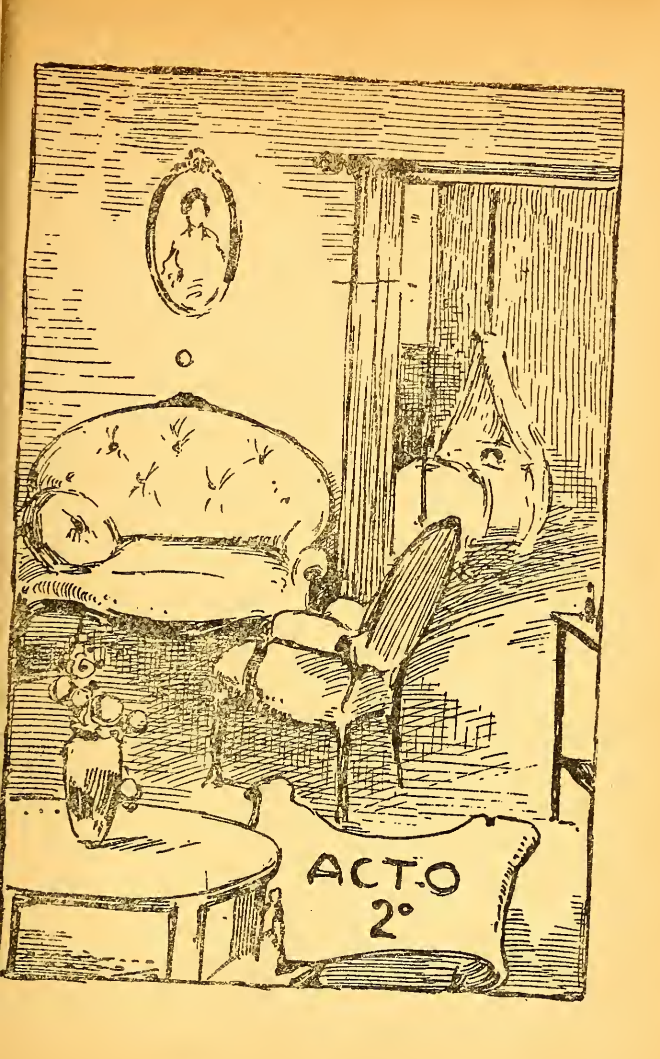
ELVIRA

No puedo...

DON BIENVENIDO

Entonces, ni una palabra... Ábreles la puerta, Benigna, y que se vayan... ¡Fuera! ¡Fuera! *(Salen por el fondo izquierda con Benigna. Queda don Bienvenido solo.)* Desgárrate las entrañas, mujer; desafía a la muerte; sacrifícate para que el muñeco crezca, sepa, para que no sufra, para que todo sean alegrías y venturas para él... Y recibe como pago eso, ¡eso! Eso, que ya no se olvida... ¡Pobre madre, pobre Ana, condenada de aquí en adelante a llevar enterrado en tu corazón a una hija viva!

TELÓN, QUE HA IDO CAYENDO LENTAMENTE


ACT.O
2°

ACTO SEGUNDO

Una salita alegre, seriamente amueblada con muebles nuevos. En el fondo, derecha, dormitorio pequeño, guardada su entrada por stores y tapices de seda; en el fondo, izquierda, una puerta; lateral izquierda, un ventanal que se abre sobre el jardín; lateral derecha, dos puertas. Entre las dos puertas, un pequeño «boureau» con porcelanas, esculturas y retratos; bajo la ventana, dos butacas. Paredes de color claro; dos o tres pinturas en ellas. Es media tarde.

ESCENA I

Elvira y Matilde.

Han pasado cuatro años. Elvira está ya casada. Matilde es la criada: una criada joven. Matilde está en el dormitorio. En el dormitorio hay luz. Elvira está sentada; junto a ella tiene un cestillo de costura. Cose ropas de criatura.

ELVIRA

Trae el termómetro. Te digo que traigas el termómetro. Quiero verlo yo. *(Sale Matilde con el termómetro. Elvira lo pone en alto para verlo.)* Nada; está ya casi normal. Dos décimas.

MATILDE

Si tiene fresca la cabecita. Y duerme que es una bendición de Dios. Con un sueño como un ángel.

ELVIRA

A ver. *(Se levanta y de puntillas va al dormitorio. Permanece un momento dentro. Matilde se queda fuera, en la puerta.)*

MATILDE

¿Verdad?

ELVIRA

(Volviendo a salir.) Sí... Se le ha pasado la angustia de esta mañana, y que por nada del mundo quisiera le volviese. Tenía yo más angustia que ella. Pensaba que se perdía.

MATILDE

No diga desatinos. Las criaturas son todas así: las ves jugando a las diez y a las doce tienen cuarenta grados, y a las dos vuelven a jugar. Yo he cuidado muchas, y por ello estaba tranquila.

ELVIRA

Estabas tranquila porque no es tu hija.

MATILDE

¿Quiere decir que no la quiero?

ELVIRA

No he dicho esto... Digo que por muchas que hayas cuidado, si ésta hubiera sido tu hija, hubieras estado tan intranquila como yo. Se me deshacía el alma cuando la veía con los ojos abiertos, con aquel gesto de dolor en los labios, tendiéndome las manitas como pidiendo socorro. Una desearía en un momento así poseer toda la ciencia del mundo para poder evitar el sufrimiento.

MATILDE

¡Su padre, estando fuera, se ha librado de un buen susto!

ELVIRA

A ver si hoy viene, o hay carta suya diciendo cuándo regresa.

MATILDE

Tendrá trabajo...

ELVIRA

No tiene otro trabajo que estar aquí...

MATILDE

¡Quién sabe! Es que nosotras somos muy exigentes y queremos saberlo todo. Y los hombres tienen muchas otras cosas en qué pensar además de la casa, la mujer y los hijos. A ese señor que viene con su mamá, don Bienvenido, le oí el otro día esto, que no olvidaré nunca: «El mundo de la mujer es la casa; la casa del hombre es el mundo». Ande usted por su mundo mientras él anda por su casa.

ELVIRA

El había de recordar que hoy, en esta fecha, esta casa era el mundo de los dos. Porque hoy cumplen los cuatro años de nuestro casamiento... ¡Cuatro años! A veces me parecen tres días; a veces tres siglos... ¡Cuatro años! Qué distinta es la medida del tiempo según sea el estado de nuestro espíritu... ¡Llaman! A ver si es él. *(Se levanta pausadamente y va a la ventana. Matilde sale por la puerta del fondo. Pausa.)* No es él. Es un telegrama. Será suyo, excusándose... *(Desolada.)* No tiene excusa... No tiene excusa... No tiene perdón. Me deja. Se va sin decir dónde... No vuelve...

MATILDE

Es un telegrama.

ELVIRA

(Lo abre nerviosamente.) Es de mi madre. Diciéndome que viene hoy a verme. Pero ¿a qué hora está puesto este telegrama? A ver: nueve de la mañana, y son las cuatro de la tarde. ¡Qué escándalo! Casi viene ella antes que el telegrama... Porque el tren llega aquí...

MATILDE

A las cuatro y minutos...

ELVIRA

Ya ves. ¿Los carteros han pasado ya todos?

MATILDE

Todos... El último ha pasado ahora, mientras estaba yo en la puerta. ¿No le ha visto? Le he preguntado si había algo para usted y me ha dicho que no... *(Pausa.)*

ELVIRA

Mi madre vendrá con don Bienvenido, con ese señor que a ti te gusta tanto.

MATILDE

Sí me gusta, porque tiene esas barbas que parece un apóstol de los que hay en las capillas de la iglesia, y luego dice unas cosas que no sabes si echarte a reír o a llorar... Lo que sí sabes es que te hacen pensar, y cuanto más las piensas, más serias te parecen. Debe ser muy bueno este señor.

ELVIRA

Mucho.

MATILDE

Y su madre de usted también...

ELVIRA

También mi madre...

MATILDE

Han vuelto a llamar. Su madre no puede aun ser... ¿Será el señor ahora?

ELVIRA

Corre... *(Sale Matilde corriendo por la misma puerta de antes, y Elvira vuelve a asomarse a los ventanales y mira intranquilamente.)* ¡El médico! *(Jubilosa.)* El médico, lo parece todo: un confesor, un padre, el mejor amigo, cuando hay un enfermo en la casa. Somos tan avaros de nuestra salud, que teniéndole a él parece que ya no necesitamos a nadie. *(Se acerca a la puerta para recibirle.)*

ESCENA II

Elvira, Matilde y el *Médico.*

El médico es un hombre joven; treinta y cinco años. Va sin sombrero. Todo afeitado y con los cabellos largos, un poco alborotada la cabeza. Sencillo en las palabras y en el tono que las pronuncia.

ELVIRA

(Cogiéndole las manos.) ¡Ah, doctor!...

MÉDICO

¿Pasaron todos los sustos?

ELVIRA

Casi todos...

MÉDICO

Creía usted ya que se quedaba sin hija; que yo era un botarate porque no le quitaba fulminantemente la fiebre; que la Medicina era una patraña.

ELVIRA

Creía en lo peor... La veía tan abatida...

MÉDICO

Nada... Pensaba que era usted una mujer de muchos arrestos, y veo que no tiene valor para nada.

ELVIRA

Usted tiene también una cara tan larga...

MÉDICO

¿Qué cara iba a ser la mía con usted llorando por un lado, ésa gimoteando por otro?... Veamos la enferma... *(Entran en la alcoba. Desde dentro.)* Está ya normal... De todas maneras, debe seguir medicándose todavía. No ha desaparecido totalmente la inflamación bronquial... *(Salen de la alcoba.)*

ELVIRA

Pero ¿fuera de peligro? *(Angustiosa.)*

MÉDICO

Tan fuera de peligro como usted y como yo.

ELVIRA

Gracias... *(Cogiéndole otra vez las manos.)* ¿Debemos darle la misma medicina?

MÉDICO

No; ha de cambiarse. El farmacéutico tiene también derecho a la vida y necesita de muchos enfermos y de mucha variación en las recetas de cada enfermo para sostener su casa con ocho hijos... Yo tengo el deber de protegerle...

ELVIRA

Siéntese un momento. Pasa usted siempre como una exhalación...

MÉDICO

Pues aun como una exhalación, es éste uno de los únicos sitios por donde paso y me detengo...

ELVIRA

Gracias...

MÉDICO

Me encuentro bien aquí, ante ustedes... Y para que lo vea, despacho ahora unas visitas urgentes y vuelvo yo mismo con el medicamento... Hasta ahora.

ELVIRA

Venga, sí, doctor; me hará compañía... Hablaremos...

MÉDICO

¿Ha vuelto ya su marido?

ELVIRA

Ni ha vuelto ni sé nada de él...

MÉDICO

¿Y está usted tranquila?

ELVIRA

Estoy furiosa...

MÉDICO

¿Qué tiempo llevan ustedes de matrimonio?

ELVIRA

Hoy cumplen cuatro años...

MÉDICO

¿Cuatro años? No es tiempo suficiente para que piense usted sólo mal; pero es tiempo suficiente también para que no piense usted sólo bien... Adiós. *(Se va.)*

MATILDE

(Que ha estado junto a la ventana.) Voy a acompañarle y a abrir... Han llamado, y debe ser ya su madre de usted.

ESCENA III

Elvira. Ana y don Bienvenido.

Ana conserva su aspecto matronal, dulce, de madre. En el tono, en el gesto percíbese un aire de amargura. Viste de negro. Don Bienvenido es el mismo. Viste traje claro de viaje. Ana trae un gran ramo de flores.

ANA

(Abrazando a Elvira.) ¡Hija! Me intranquilizó tu carta de esta mañana, y he venido en el primer tren. Me ha dicho el médico que no había ya ningún cuidado. Pero ¿cómo no me pusiste un telegrama? Ayer podía haber estado aquí.

ELVIRA

No quise alarmarte.

ANA

A ver la criatura. *(Entran en la alcoba.)* ¡Angel mío! Tiene la cara de haber estado enfermita; de haber sufrido. Respira aun con fatiga...

ELVIRA

No es nada esto. Ayer, ayer... ¡Qué día el de ayer! Hubo momentos en que creí que la perdía... Y me veía aquí, en esta casa, en medio del campo, completamente sola...

ANA

¿No estaba tu marido?

ELVIRA

No estaba. Salió hace tres días, cuando la nena no tenía síntomas de nada; salió para Madrid a resolver unos contratos de carbón y hierro que tiene.

ANA

Haberle telegrafiado que viniera...

ELVIRA

No me dijo dónde podía avisarle si algo sucedía... No se llevó equipaje ni nada, seguro de poder volver el mismo día.

ANA

¿Y ha vuelto ya?

ELVIRA

(Vacilando.) Hoy hemos tenido carta. Me dice que han

surgido unas dificultades y que no podía estar de regreso hasta mañana.

DON BIENVENIDO

Pues hoy es día señalado para ti...

ELVIRA

Lo es...

ANA

Yo quería comprarte algo, pero me ha trastornado lo de la enfermedad de la niña. Te he traído esas flores...

ELVIRA

(Besándola y abrazándola.) Gracias, mamá, mamita mía; gracias. *(Las coloca ella misma en unos jarrones.)* Te las agradezco porque me parece que soy soltera aún y que tú sigues obsequiándome con lo que más me gustaba: flores... Hasta que tú las has vuelto a traer no he vuelto a tenerlas... *(Pausa.)* ¿Quieres quitarte el sombrero?

ANA

No. Porque deseo salir para Madrid en el primer tren. He de estar esta noche en casa. Mañana podré pasar aquí todo el día... Si la niña hubiera estado peor se habría quedado don Bienvenido... *(Pausa.)*

ELVIRA

¿Y Ricardo?

ANA

Intranquilo por tu carta... Esperando que llegue yo para que le dé noticias.

ELVIRA

¿No vendrá nunca a verme?

ANA

Cuando tú vayas a verle. ¿Qué quieres? ¿No ir tú a casa porque está él y que venga él aquí?

ELVIRA

Yo no puedo ir..., lo sabes tú. Me representaría tener una batalla con Enrique. Y no me siento con fuerzas para ello... Ya ves: el solo hecho de venir tú ha servido para que su familia no haya vuelto a poner los pies aquí.

ANA

(Serena, resuelta.) Si ello es para ti violento, soy yo quien no vuelve.

ELVIRA

No digas eso... Riño yo por ti, no una, sino cien batallas... ¿Cómo te pagaría yo, sino riñéndolas, lo que has hecho por mí? Te abandono; te abandono, como te abandoné, que me destroza el alma pensarlo... Me caso sin anunciártelo, como si no existieras en el mundo. El traer esta hija a la vida me pone en trance de muerte... Y sin que nadie te diga nada vienes a mi lado y me velas y me cuidas como si fuera tu hija de siempre. Aquella noche, después de los días de fiebre y de dolores, en que abrí los ojos y te vi junto a mí, inició mi mejoría y me salvó... ¿Cómo he de pagarte esta generosidad tuya, este olvido de cuanto te hice? Habrían de decirme ahora que me separase de ti otra vz, y me separaría de quien me lo dijera...

ANA

No, hija, no... Has constituído ya una casa... Te debes a ella... Si yo puedo ser motivo de desavenencia, vuelvo a irme... Se es madre por amor a los hijos; se aprende a ser madre por el dolor que este amor causa... Y hay una época en la vida, la mía tal vez, en que este amor es ya todo dolor. Me resigno a sufrirlo... Si para ser feliz no sólo

has de ir a mi casa, sino que yo no he de venir a ésta, dímelo... Dímelo sin temor del daño que puedas hacerme...

DON BIENVENIDO

Quien no vendrá, si ha de asistir siempre a las mismas escenas y reconvenciones, seré yo. Tú, Ana, tienes aquí un derecho que no se si está escrito en alguna de las leyes que han hecho los hombres, pero que no habrá hombre en el mundo capaz de negarlo: el de madre del ama de esta casa. Sólo una persona puede desconocer ese derecho: Elvira. ¿No lo hace? Pues ya no hay que hablar más. ¿Que tales y cuales no vienen? Peor para ellos. ¿Que el señor exige y manda? «De levante o de poniente, de la mujer seas pariente», dice el refrán. Y éste es un refrán universal y eterno. Yo no digo que Elvira vuelva a casa y la considere tan suya y tan abierta como ésta. La herida fué honda; llegó a la raíz del corazón... Quién, sin embargo, había de pensar aquel día que escapaste con aquellas dos monjas del Breneo sin decir adiós a nadie, que al cabo de unos meses tu madre volvería a tu lado olvidándolo y perdonándolo todo...

ELVIRA

Perdonándolo, sí... Creo que sí...

ANA

Sí... Está segura...

ELVIRA

Olvidándolo, no...

ANA

El perdón depende de nuestra voluntad; el olvido Dios sabe de qué ley íntima depende. Si dependiese de mi voluntad, olvidado también...

ELVIRA

Eres buena... Buena como yo no merezco...

ANA

Ni buena ni mala : madre ...Tú empezarás ahora a saber lo que es esto : madre. *(Pausa.)*

DON BIENVENIDO

¿Y qué negocios tiene tu marido en Madrid?

ELVIRA

(Un poco turbada.) No sé qué de hierros y carbones...

DON BIENVENIDO

¿Pero entiende él de esto?

ANA

Debe entender cuando negocia.

DON BIENVENIDO

Ye creí que no entendía de otra cosa que de cobrar sus rentas...

ELVIRA

No hable usted mal de él.

DON BIENVENIDO

No hablo.

ELVIRA

Se cansa de estar ocioso, de no emplearse en nada... Siente, además, el afán de ganar dinero... El otro día,

mirando los dos a la nena, me lo decía: «Esa criatura ha despertado en mí el sentido de la responsabilidad.»

ANA

Pues a ver si os hacéis más ricos de lo que sois.

ELVIRA

Yo no necesito ya para mí ni siento ambición de tenerlo... Pero todo me parece poco para mi hija... Quisiera que tuviera cuanto anhelara para no sentir privaciones, no privaciones de cosas reales, sino de medios para realizar sus sueños. No sé, mamá, si todos los hijos despiertan en sus padres iguales ilusiones. Pero pienso que esta niña va a ser una mujer excepcional; algo grande... Tiene una viveza impropia de sus años... Sus ojos, ¿no te has fijado en ellos? Sus ojos son la expresión de un alma superior. Yo no he visto otros ojos así...

ANA

Yo sí; los tuyos. Tú eras así también... A los dos años hablabas como una mujer; veías los objetos que te interesaban antes que ninguno... Decías y hacías cosas grandes... «¿Qué llegará a ser esa criatura?», me decían todos, me decía yo a mí misma. Y ya ves... Has sido lo que yo; lo que las otras mujeres... Las ilusiones fallan. Es preferible no hacérselas y que venga lo que Dios quiera...

ELVIRA

Mi hija no será así.

ANA

Porque no serás tú como yo.

ELVIRA

No. No digas esto, si al decirlo puedes pensar que al no parecerme a ti es porque me avergüenza parecerme. ¡Qué

quisiera yo sino ser para mi hija como tú para mí! Lo que digo es que de mí a ella los tiempos han cambiado mucho... Y que cuando ella sea mujer, la mujer será por sus afanes y sus posibilidades muy distinta de lo que es hoy; mucho más distinta de lo que fuí ayer contigo...

ANA

Piensa todo esto, que no es mal pensarlo, y mientras lo piensas verás cómo ella crece, y cuando más tuya o de us anhelos la creas, pasará uno, bueno o malo, rico o pobre; uno, el que sea, y se la llevará.

ELVIRA

No. Te digo que no.

ANA

¿Qué harías para evitarlo?

ELVIRA

No sé... Pero si puedo, y he de poder mucho sobre ella, ni hija no se casará.

ANA

Hablas como hablaba yo de ti... Como hablaba yo de ti, o cuando tenías dos años, sino cuando ya ibas a cumplir einte... Y ya ves también... Yo no sólo no comparto estas lusiones tuyas de ahora, sino que siento piedad por todas as madres y despego por todas las criaturas... Creo que nás que pensar en lo que podrían ser sus hijos, una muer, cuando se casa, habría de pensar en no tenerlos. *Larga pausa.)*

DON BIENVENIDO

(A Elvira.) ¿Tan mal te ha ido en el matrimonio que uieres apartar de él a tu hija?

ELVIRA

No me ha ido mal... No me quejo... ¿De qué puedo arrepentirme todavía? Pero no sé... No sé... Era otra mujer... Otra mujer... ¡Mi casa! Mi casa, contigo, madre... ; aquella libertad... Ser tan de una sola... No depender de nadie... Ver todos los caminos de la vida abiertos y tener derecho a poder elegir el que se quiera, a desandarlo ; a emprender otro... El poder decir : quiero ser esto, quiero ser aquello... Y si no lo era, no ser porque hallase obstáculos para serlo, sino porque no quiera serlo una... Vivir desatada, sin yugo, sin otra compañía que la de la madre, a quien se tiene siempre algo que decir y algo que salga del fondo del alma.

ANA

Tú no quieres a tu marido, Elvira...

ELVIRA

Sí le quiero.

ANA

No hablarías así si lo quisieras...

ELVIRA

Le quiero, madre.

ANA

Si le quisieras, no sentirías nostalgias, sino esperanzas. No hablarías del pasado, sino del presente, del porvenir. No te dolerías de tu perdida libertad de soltera, porque en tu autoridad de ama de casa con amor en quienes hay en la casa, sentirías aumentada tu libertad. No te amargaría depender de nadie, porque los lazos que crea el afecto no sólo no hieren, sino que curan todas las heridas. ¿No eres feliz, Elvira?

ELVIRA

Sí lo soy, madre. *(Abate la cabeza sobre las manos de su madre y llora.)* Sí lo soy...

ANA

No eres feliz, ¡¡pobre hija mía!! *(Acariciándole la cabeza con las manos.)*

ESCENA IV

Dichos y *Matilde*. En seguida el *Médico*.

MATILDE

Está el doctor otra vez, señorita.

ELVIRA

(Incorporándose rápidamente y limpiándose los ojos.) Que espere un momento... No... Que pase.

DON BIENVENIDO

Nosotros hemos de pensar ya en irnos... El tren sale dentro de media hora. Hay un paseo de aquí a la estación. Y para oír sólo quejas, es preferible no volver.

ELVIRA

¿Quién se queja?

MÉDICO

Ya he tenido el gusto de saludarles antes... ¿Verdad que la pequeña está completamente bien y que a esa mujer le falta espíritu acobardándose tan pronto?

ELVIRA

Di que él tampoco estaba como hoy.

MÉDICO

Tiene usted, señora, hablando ahora en serio, una hija excepcional; estaba ayer sola aquí, se daba cuenta de la gravedad de la materia, pensando tal vez que la gravedad era mayor de la que era en realidad, y con su dolor, que se le veía en la cara pálida, en los ojos hundidos, en la voz, que era más sollozo que voz, no perdió lo que tan pronto pierde la mujer, y perdónemme todas: el juicio... Ella más que yo ha curado a la criatura...

DON BIENVENIDO

Como que el amor y el dolor hacen milagros... Sin saber una palabra de enfermedades y medicinas, verá ella posiblemente el mal y el remedio como nadie...

ANA

Entramos a ver a la enfermita y nos vamos. *(Entran todos en la alcoba.)* Mejora por momentos.

MÉDICO

Esto ya pasó.

ANA

¿Quieres que se quede don Bienvenido?

ELVIRA

No, no. ¿Verdad, doctor?

MÉDICO

No. Esta noche puede dormir ya todo el mundo tranquilamente.

ANA

Yo volveré mañana en el primer tren y pasaré contigo todo el día... Adiós, doctor.

DON BIENVENIDO

Adiós, Elvira... Doctor...

ELVIRA

Os acompaño... Pon cara alegre, madre. ¡Tu cara de antes!

ANA

¡Mi cara de antes! Para mi cara de antes necesitaría mi alma de antes... Pero estoy alegre... Créelo... *(Salen. Elvira vuelve en seguida.)*

ESCENA V

Elvira y el *Médico.*

MÉDICO

Aquí está el frasco. Ya le dirá el farmacéutico lo que es... De esto le da usted una cucharada cada tres horas... La mayor garantía que tiene es que no hace daño.

ELVIRA

¿Se lo doy ahora?

MÉDICO

¿Por qué no?

ELVIRA

(En la alcoba los dos.) ¿Quiere usted incorporarle un poco la cabecita? Así. Ya está. Gracias, doctor... ¿Son ahora?

MÉDICO

Las seis.

ELVIRA

¿Las seis? A las nueve otra vez, ¿verdad?

MÉDICO

Exacto. A las nueve en punto, porque ahora son las seis en punto. Ni un minuto antes ni un minuto después.

ELVIRA

¿Se ríe usted?

MÉDICO

¡Cómo voy a reírme, señora! Creo en la medicina tanto casi como en Dios... Ahora que pienso de la medicina lo que pienso de Dios: que el hombre aun no tiene la menor idea de él. *(Pausa.)* Ha de haber sido una mujer hermosa su madre de usted.

ELVIRA

Lo es...

MÉDICO

Lo es. Pero lo habrá sido más. Y atrayente, porque se puede ser hermosa y repeler. Su madre de usted sería fea y atraería... No necesito hablar para verle todo el alma. No es de estas mujeres que hablan, hablan, y uno se pregunta: ¿de dónde le saldrán a esa mujer las palabras? Su madre habla cuando calla y habla claro y se ve que las palabras en ella nacen en el entendimiento o en el corazón. Debe ser mujer de grandes afectos y de grandes resoluciones...

ELVIRA

Lo es... Lo ha sido más que lo es...

MÉDICO

Ese caballero que la acompaña y que a usted la trata con tanto cariño es...

ELVIRA

Un amigo, un viejo amigo de la casa.

MÉDICO

¿No es el amante de su madre? *(Elvira se pone en pie.)*

ELVIRA

¿Qué dice usted?

MÉDICO

Perdóneme. He sido, tal vez, un poco brusco en la pregunta. Perdóneme... Soy así... No hay ofensa ni siquiera en lo más secreto de la intención... Este es un pueblo y un pueblo pequeño. Y en él se sabe la vida de cada uno, hasta de sus ascendientes más remotos... Se sabe, como es natural, lo de su madre de usted.

ELVIRA

¿Quién ha podido contarle?

MÉDICO

No le importe. Se sabe. ¿Por quién? Por una palabra de ese, por una fantasía de aquel, por una suposición, por una prueba. Se sabe como se saben todas las historias y se cuenta y se interpreta y se juzga como todas las historias también: según el temperamento de cada uno.

ELVIRA

La de mi madre, aquí, la juzgarán todos mal...

MÉDICO

La mayor parte.

ELVIRA

¿Y usted?

MÉDICO

Yo, para juzgar, he de conocer. A mí, por ejemplo, un pintor, para decir que es bueno, no me importa que lleve melena y que fume en pipa, sino que pinte bien; lo mismo que un violinista: no me interesa para aplaudirle que sea un criminal o un santo, un borracho o un abstemio, sino que toque bien el violín. En la unión de un hombre y una mujer no me preocupa que los una la ley ni que los una el cura; lo que me preocupa es que se quieran y cumplan juntos una función en la vida... Sin esto, me parece inmoral toda unión, aunque la consagren jueces y bendiciones; con esto me parece moral cualquier unión, aunque los jueces y las bendiciones falten. ¿Dejaron de quererse su padre y su madre de usted? Hicieron bien en andar cada uno por su camino; la felicidad sin amor en contra naturaleza. ¿Se quieren su madre y el hombre que vive con ella? Hacen bien en andar por un mismo camino los dos. El querer es lo único que justifica la permanencia del matrimonio.

ELVIRA

Se quieren.

MÉDICO

Pues ya tiene usted expresado mi juicio... Yo soy un hombre de ideas un poco estrafalarias, que aun no han madurado mucho en mi cabeza; por esto no debe usted fiarse mucho de mí. ¿La familia? La familia creo que merece todos los fervores cuando es una comunidad cordialmente unida, en la que uno sirve de apoyo al otro y todos colaboran para llevar adelante un fin. Cuando sólo es una cosa tentacular y obstacularizadora, ¿para qué sentir de-

beres respecto a ella? Que salte en pedazos como una bomba y cada uno vaya por su lado. ¿Los hijos? Cada época debe tener un tono de civilización. Los padres no pueden hacer, por consiguiente, de los hijos lo que quieran. sino lo que deban ; si los acomodan para que cumplan su fin en esta época, que los conserven ; si no, que se los quiten y que los acoja quien pueda convertirlos en elementos útiles. De la misma manera que los hijos no han de ser obstáculo para que los padres llenen su función ; si pueden serlo, que se los quiten también. ¿Me explico? Uno ha de ser un elemento activo en una sociedad activa ; ni un parásito de otros, aunque los otros sean los padres o los hermanos, o los maridos, o las mujeres, que de todo hay, ni soportando parásitos y por llevarlos no poder andar, aunque los parásitos sean los hijos.

ELVIRA

Esto es un sueño.

MÉDICO

Un sueño que mientras no sea ley de la vida, el mundo andará de cabeza.

ELVIRA

Pues andará de cabeza siempre.

MÉDICO

Peor para él. Los que convirtamos ese sueño en ley de nuestra vida nos reiremos viendo cómo aquellos que dicen que soñamos van estrellándose contra las realidades.

ELVIRA

Con estas ideas, ¿no habrá usted pensado nunca en casarse?

MÉDICO

Siempre lo he pensado. Constituye mi pensamiento cen-

tral... Ahora que he de encontrar la mujer... No la mujer que a uno le guste porque le ha entrado por los ojos; no la mujer hermosa que puede uno pasear con vanidad de macho, blasonando ante los ojos codiciosos: es mía, sólo mía. No la mujer que me remiende los calcetines, y me haga la comida, y me friegue el piso, y no sepa nada de lo que constituye la ciencia de la vida. La mujer a la que yo he de unirme es la mujer que despierte en mí una pasión. Pasión que pudiera ser eterna; pero que si se extingue, deje que la comunidad viva en la vida de los dos un afecto suave, dulce, de paz perfecta, de completa felicidad. Esa mujer no ha de tener un secreto para mí ni yo un secreto para ella. Mis ideas, aun las más extrañas de la conciencia, he de decírselas, y ella ha de ayudarme en todo. Esa mujer ha de quereme porque me crea, y de creerme porque ha de verse en mi alma como en un espejo.

ELVIRA

No encontrará mujer así.

MÉDICO

No desespero de encontrarla.

ELVIRA

Habrá pocas.

MÉDICO

Hay muchas... Muchas que pudieran ser así si encontrasen un hombre que, en vez de gozarlas en la luna de miel y apartarlas de todas sus preocupaciones y todas sus inquietudes, cuando la luna de miel se eclipse, cuidarán de unirlas en intimidad espiritual a su vida.

ELVIRA

Esto es verdad... Hay una época corta en que el hombre sólo habla a nuestro corazón... Cuando esta época acaba,

como considera nuestro entendimiento inferior, ya no tiene palabras que decir ante nosotras. Cualquier amigo, cualquier extraño sabe de sus intimidades mucho más que su propia mujer. Es verdad. Una se mira a sí misma y ve que es verdad. Poco valgo, pero pudiera ser más útil de lo que soy si cuidaran de que lo fuera. Y entraba tanto en mis ambiciones estar junto al hombre que quisiera, laborando con él en sus cosas... Nos apartan, nos excluyen, y una acaba por no ser nada ni sentir nada, o acaba por ser y sentir todo lo contrario de lo que debiera...

MÉDICO

Mi convicción es que hoy pesan mucho las mujeres en nuestra vida y cuenta poco en nuestra vida la mujer. Hay que hacer que las mujeres perturben menos y que la mujer intervenga más. Que las mujeres sean menos irresponsables clandestinamente, y la mujer más responsable públicamente... Hemos de apartar las mujeres de nuestro paso y unir la mujer a nuestro camino... Que las mujeres sean menos placer o carga y la mujer sea más compañera y colaboración. Así, ni su madre ni usted... *(Mirando al reloj.)* ¿Pero qué es esto? Las siete... He estado una hora diciéndole herejías y excentricidades... Me voy volando... Y olvide cuanto ha oído...

ELVIRA

No sólo no lo olvido, sino que quiero pensar en ello... Tal vez estas ideas de usted encuentren dentro de mí ideas más iguales.

MÉDICO

Tal vez usted y yo, entonces, estábamos llamados a en-encontrarnos en la vida...

ELVIRA

(Jovial.) Pero quienes debían acercarnos se durmieron e hicieron que fuera ya tarde cuando nos encontráramos...

MÉDICO

Una última mirada a la enferma... *(Entra en la alcoba.)* Nada... Ya está bien. A las nueve en punto la otra cucharada... Ni un minuto más ni un minuto menos. Hay que inclinarse ante la ciencia... Adiós, Elvira... Hasta mañana...

ELVIRA

Hasta mañana, doctor.

ESCENA VI

Elvira y *Matilde.* Después *Enrique.*

ELVIRA

Matilde... Corre a abrir la puerta. Y ciérrala con llave ya... *(Sale Matilde y vuelve al momento.)*

MATILDE

Está fría la noche... Parece que vaya a llover.

ELVIRA

Estoy intranquila, desazonada. No puede ser que no haya escrito ni dicho nada... ¿Por qué no vas a Telégrafos? Tal vez tengan telegrama allí y no lo traigan hasta mañana... ¿Has visto lo que ha sucedido con el de mi madre?

MATILDE

Si hubiera lo traería... Le he dado buena propina al muchacho que ha venido antes para que lo hiciera así... Le he dado dos reales. ¿Quién da dos reales en todo el pueblo.

ELVIRA

Pues habrías de ir a poner un telegrama dirigido a casa

de sus padres, preguntando. Son tres días..., tres días de ausencia, de no saber una palabra...

MATILDE

Como quiera la señorita... Pero si son más de las siete, es inútil... A las siete cierran.

ELVIRA

Son las siete y cinco minutos. Lo pondrán tal vez... Pídelo por favor. Te lo redacto en un segundo.

ENRIQUE

(Aparece en la puerta. Entra con indecisión.) Buenas noches.

ELVIRA

(Sobresaltándose.) ¡Ay! Enviaba ahora un telegrama a tu casa, a ver si me daban razón de ti... ¡En qué angustia me has hecho vivir!

ENRIQUE

¿Por qué?

ELVIRA

¡Tú dirás por qué! Te vas; dices que volvías por la noche... Y pasa una noche, y otra noche, y otra noche...

ENRIQUE

Dos noches...

ELVIRA

Tres noches; y ésta cuatro...

ENRIQUE

Esta, ya estoy aquí.

ELVIRA

Y luego no sabes... La niña está en la muerte...

ENRIQUE

¿Cómo? *(Lanzándose a la alcoba.)*

ELVIRA

Gravísima.

ENRIQUE

Aprensiones tuyas... Si está bien... Si duerme como una santa...

ELVIRA

El doctor te dirá mañana, cuando venga, si han sido aprensiones o temores justificados. *(Pausa.)* ¿Y cómo has venido ahora? ¿Qué tren llega?

ENRIQUE

El de San Sebastián.

ELVIRA

¿Y qué tiene que ver San Sebastián con Madrid?

ENRIQUE

¿Y qué tiene que ver Madrid conmigo?

ELVIRA

¿No me dijiste que ibas a Madrid?

ENRIQUE

Sí, es verdad... Pero en Madrid no encontré a quien buscaba y tuve que marchar al Norte...

ELVIRA

Todo esto podías haberlo escrito, y estaba yo tranquila.

ENRIQUE

Tú crees que uno tiene la cabeza en todo...

ELVIRA

Tenerla un momento en tu casa y en tu mujer, no creo que sea pedir mucho. Te veo preocupado. ¿Es que no has resuelto esto de los hierros?

ENRIQUE

¿El qué?

ELVIRA

Lo de los hierros y los carbones. Eso que me dijiste...

ENRIQUE

Sí y no.

ELVIRA

¿Qué es? ¿Que tú compras hierros o que vendes? Déjame pensarlo contigo.

ENRIQUE

No entiendes tú una palabra de esto... Son cosas de mineros y de Bancos y minas... Te quedarías como antes si te lo dijera... *(Elvira se va a la alcoba. Enrique aprovecha el momento para sacar unos papeles de su bolsillo y guardarlos rápidamente en el «bureau».)*

ELVIRA

(Jubilosa.) ¿No me traes nada?

ENRIQUE

¿Nada, de qué?

ELVIRA

¿No sabes qué día es hoy?

ENRIQUE

¿Qué día es hoy?

ELVIRA

Es 15 de septiembre...

ENRIQUE

¿Y qué es el 15 de septiembre?

ELVIRA

Nada.

ENRIQUE

No recuerdo... ¿Qué es?

ELVIRA

Nada... Yo, que creí equivocadamente que era una fecha para recordar... Y no... No es nada.

MATILDE

(Saliendo por la puerta de la derecha.) ¿Habré de hacer cena también para el señorito? Porque...

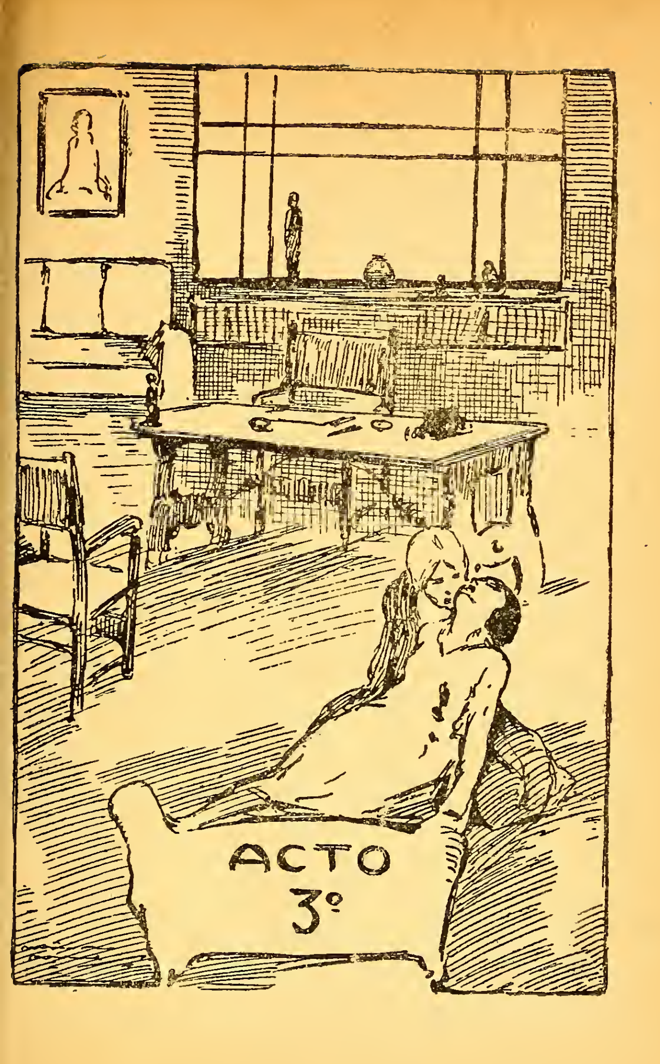
ENRIQUE

No. Yo no ceno. Tengo más sueño que apetito. Mira, cena tú... Yo me acuesto... Déjame besar a la pequeña. *(Entra en la alcoba, que queda con las cortinas abiertas, y se ve allá la camita.)* Está bien. Oye, no hagas tú ruido cuando vengas a acostarte. No quisiera que me despertaras... Estoy rendido. Buenas noches. *(Besándola fríamente en la cara. Se va por una de las puertas laterales.)*

ELVIRA

Buenas noches. *(Se va a la alcoba. Se sienta junto a la cama. Deja caer la cabeza sobre ellas y rompe en un sollozo de dolor.)*

TELÓN


ACTO
3º

ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto. Nada ha cambiado en la casa.

ESCENA I

Ana, don Bienvenido, Ricardo y Benigna.

Ana, don Bienvenido y Ricardo, en una mesita, toman el té. Son las seis de la tarde; Benigna entra y entrega una carta a Ana. Ana la abre y lee. Benigna se va.

RICARDO

¿Qué es?

ANA

Nada. Una invitación para asistir a una reunión. Son unas señoras que se proponen constituir una liga de defensa de los derechos de la mujer.

RICARDO

¿Vas a ir?

ANA

No sé. ¿Qué crees tú?

RICARDO

Que sí; es hora de que en nuestro país se produzcan

y desenvuelvan estas iniciativas. Deben ser apoyadas y estimuladas.

DON BIENVENIDO

Nosotros, que somos más moros que europeos en muchos aspectos de la vida, lo somos sobre todo en este de concepto de la mujer. Más que el Cristo que perdonó a la Magdalena, es nuestro dios aquel buen Mahoma polígamo, que casó a Zamia, la mujer que amaba, con Zaid, su hijo adoptivo, para después entenderse más irresponsablemente con ella, y que después terminó los días dejando como norma de vida a su pueblo el sermón que decía: «Conviene que las mujeres no violen la ley conyugal ni cometan ningún acto indecente; si se declaran culpables de tales actos, tienen el derecho de recluirlas en sus habitaciones, aislarlas y pegarlas, aunque no muy violentamente.» ¿Quién en este Mahoma, mujeriego y enemigo de la mujer, no se ve cada uno de nosotros, buenos cristianos, un poco?

ANA

Es verdad. Pero es que la mujer aquí, en una gran parte, se acomoda a ser, más por educación que por temperamento, esa mujer de Mahoma.

DON BIENVENIDO

Ha cambiado mucho. Y cambia rápidamente. Ahora que para algunas, libertarse es masculinizarse. Y libertarse no es esto; es, en la mujer, feminizarse del todo. Ser ella. Redimirse, no por parecerse al hombre, sino por acabar de ser mujer.

RICARDO

Esto es Ana.

DON BIENVENIDO

Esto es Ana, sí. Ama de su casa y compañera de su

hombre; un carácter y una inteligencia dulcificados por el corazón: una intervención en todos los actos de la vida y un gesto de ternura en ellos...

ANA

Me alarma usted, don Bienvenido.

DON BIENVENIDO

Así eres.

ANA

No sé si así soy, pero así quisiera ser.

RICARDO

Así eres. *(La besa.)* Os dejo. Son ya las seis. A las seis y media tengo sesión en la Academia.

DON BIENVENIDO

¡Discusión de Memorias!

RICARDO

No. Recepción de un nuevo académico. Acto extraordinario. ¿Me acompaña?

DON BIENVENIDO

Te agradezco la invitación. Pero estas solemnidades, de algún tiempo a esta parte, solo me producen sueño. Y no creo que dormir en ellas sea lo más discreto.

RICARDO

Hasta después. *(Ana se levanta y le acompaña. Don Bienvenido le saluda con la mano.)*

ESCENA II

Don Bienvenido y Ana.

DON BIENVENIDO

Ha aviejado Ricardo.

ANA

Mucho. También yo.

DON BIENVENIDO

También tú. Pero menos que él.

ANA

Menos que él por fuera. Por dentro, más. Mucho más. El, por sus ilusiones, por sus afanes, por sus energías, es aun joven. Yo soy ya una mujer que ha corrido toda la vida y que no tiene fe en nada.

DON BIENVENIDO

Uno y otro os habéis acobardado. El temporal os ha parecido más fuerte que vosotros y no habéis sabido hacerle frente entrando a pecho descubierto en él. Os habéis arrinconado aquí, huyendo de todo el mundo, como si fuerais culpables sin perdón.

ANA

Yo no me he sentido culpable nunca. Ni ahora ni antes. Nunca. Pero me ha creído culpable la gente.

DON BIENVENIDO

¿Eres tú quien habla ahora de la gente, de los ojos de la gente?

ANA

No hablo para recriminarme ni para dolerme, sino para señalarlo. Me ha creído culpable mi hija.

DON BIENVENIDO

Te creía.

ANA

Me cree aún. En el fondo de su alma, me cree aún.

DON BIENVENIDO

Tuvo en ella la experiencia de lo contrario.

ANA

¡ Quién sabe si alguna vez piensa que la raíz de su desventura se encuentra en esta casa !

DON BIENVENIDO

No puede pensarlo.

ANA

El pensamiento es loco.

DON BIENVENIDO

Puede pensar también que su conducta contigo había de ser castigada y que el castigo es ésto. Esto que pasa.

ANA

¡ Pobre Elvira ! ¡ Pobre hija mía ! Quisiera estar siempre a su lado y quisiera estar siempre lejos de ella. Quisiera no abandonarla un momento, para ser estímulo, apoyo, consuelo, y quisiera no verla nunca, porque su dolor me parece el mío, y la pena de mi culpa, de lo que se cree mi culpa,

DON BIENVENIDO

¿Cuándo iremos a verla?

ANA

Hace quince días que me lo preguntó usted, y quince días que le digo «Mañana». Pero de mañana no pasa; mañana iremos. Además, mañana es domingo y tendrá la niña en casa.

DON BIENVENIDO

La niña que ya es tan alta como la madre.

ANA

Con otra ventaja: mañana por la tarde tenemos la seguridad de no encontrarle a él. Sin él y con la niña podremos hablar de otras cosas que no sean la tragedia que vive.

DON BIENVENIDO

Elvira acabará separándose de su marido.

ANA

No será por consejo mío.

DON BIENVENIDO

Será por fatalidad, por destino de Dios, por desesperación de Elvira. Por esa desesperación que he visto que se apodera de ella a veces y que contiene delante de ti, para que tú no puedas recordarle el día que salió de esta casa, recriminándote.

ANA

No se lo recordaré jamás.

ESCENA III

Dichos y Benigna.

BENIGNA

Señora, pregunta por usted un señor. Dice que es el médico del pueblo donde está Elvira.

ANA

¿El doctor? ¿Qué le traerá por aquí? ¿Habrá alguna novedad? Que entre. *(Se va Benigna.)*

DON BIENVENIDO

¿Me voy?

ANA

No. El sabe que es usted más de casa que los que somos de ella.

ESCENA IV

Dichos y el Médico.

MÉDICO

Señora... Don Bienvenido...

ANA

Doctor, querido doctor, ¿sucede algo? ¿Está enferma mi hija?

MÉDICO

No está enferma, ni la sucede nada grave. Pero vengo

a hablar de ella. Me he decidido a dar este paso después de muchos días de pensarlo y con el remordimiento cada día más vivo de no haberlo ya dado.

DON BIENVENIDO

He de irme yo.

MÉDICO

No solo no ha de irse, sino que me satisface encontrarle aquí. Yo soy hombre de pocos disimulos y pocos circunloquios. Digo las cosas con crudeza y con rapidez. Y lo que vengo a decirle a usted ahora, señora, que habría de habérselo dicho hace ya mucho tiempo, es esto: Tiene usted el deber de aconsejar a su hija que abandone a su marido.

ANA

Yo en la vida aconsejaré esto a mi hija.

MÉDICO

¿Por qué?

ANA

Porque no. No es una razón para usted; pero lo es para mí.

MÉDICO

No sé si he cometido una indiscreción con esta oficiosidad, ni si ha podido desorientarle a usted la forma ruda de expresarme. Soy así y no soy ni puedo ser de otra manera. Perdóneme, pero júzguese como noble y caritativa mi intención.

ANA

La juzgo como es, con toda la elevación moral que ella tiene.

MÉDICO

¿Es que no cree usted, entonces, en la gravedad de su hija?

ANA

Sí, aunque ella nunca me ha dicho una palabra.

MÉDICO

¿Para qué ha de decirle, si se le ve en los ojos, en su hundimiento moral, en su ruina física; en la mujer que es, tan distinta de lo que era? ¿Para qué ha de decírselo si todo en ella habla? Yo insisto, señora: tal vez es su palabra de usted lo que falta para decidirla.

ANA

Pues esta palabra mía no se pronunciará nunca.

MÉDICO

Es que no ha visto usted entonces todo el drama de la vida de Elvira. No ha visto usted lo que he visto yo: pasar su marido quince días sin ir a casa ni escribirla; volver borracho y querer pegarla; tiene su marido una amante en el mismo pueblo y frente a la misma casa donde viven; dejar a su hija sin el dinero indispensable para comer y sostener a la amante en la opulencia.

ANA

¡Canalla! ¡Canalla!

MÉDICO

Yo he intervenido cerca de él. La última vez con tal violencia, que le llegué con la mano a la cara.

ANA

Gracias, doctor. *(Tendiéndole las manos.)*

MÉDICO

Me ordenó que no pusiera más los pies en su casa; le contesté yo volviendo por la tarde y cuando él estaba para recriminarle nuevamente. Se arrodilló Elvira a mis pies, pidiéndome que me fuera. La obedecí porque me dió pena, porque la vi acobardada, sin espíritu para nada. Pero le dije a él que si sabía que la maltrataba de palabra o de obra, la atravesaría el corazón de un balazo. No sé por qué, señora, me inspira una gran piedad su hija de usted. Tanto por lo que sufre como por lo que en ella se deshace. Tanto por lo que veo que es como por lo que pienso que pudo sed. ¡Qué gran mujer había en Elvira si hubiera encontrado su hombre!

ANA

¡El hombre que ella soñaba! ¡El hombre que yo soñaba para ella!

MÉDICO

Pero no lo ha encontrado, y hay que redimirla del hombre de hoy para que no se pierda irremisiblemente.

ANA

No tiene redención.

MÉDICO

Sí tiene.

ANA

No tiene redención porque no está sola. Porque lleva una hija con ella.

MÉDICO

La hija adora en su madre y la seguirá.

ANA

La seguirá ahora, si se lo permite el padre.

MÉDICO

El padre no tiene afecto por la madre ni por la hija.

ANA

Pero puede quedarse con la hija para acabar de martirizar a la madre. O puede ser la hija quien mañana martirice a la madre por haber abandonado ella a su marido, dejándola sin padre. ¡ Quién sabe de lo que será capaz esa hija cuando sea mayor y haya un hombre que se dirija a ella y le exija para ir con él que abandone a su madre !

MÉDICO

Ese temor no es razón suficiente para consentir que Elvira siga en su situación actual.

ANA

Es razón suficiente para mí. No tiene usted que llamar a mi corazón para decidirme ; mi corazón está fuerte y pasa por la tortura de haber querido tomar a tiempo esta resolución y contenerme, contenerme contra sus impulsos. ¡ Si el corazón tuviera que decidir, doctor ! Pero yo no quiero, no puedo decidir por mi corazón, y sólo aconsejaré a Elvira que procure retener a su marido, rehacer su casa, soportar la tragedia. Nada más.

MÉDICO

Usted, como madre, no puede aconsejarla eso.

ANA

Por ser madre yo y por ser madre ella he de aconsejárselo. He de aconsejárselo, aunque al hacerlo le destroce y me destroce el alma...

MÉDICO

Me equivoqué al venir aquí... Perdóneme...

ANA

¿Es que piensa usted, porque hablo así, que soy insensible al dolor de mi hija? No ; su dolor lo siento tan adentro yo, que resulta con él otro dolor vivo, más vivo que el dolor por que hoy pasa Elvira. Sufro en su pena y la mía. ¿Es que cree usted que me contengo por consideraciones sociales y por temor a los ojos de la gente? Mi vida le habrá enseñado a usted que estos escrúpulos no son motivos bastantes para contenerme...

MÉDICO

¿Entonces?

ANA

Yo no quiero que un día la hija de Elvira pueda decirle a su madre lo que Elvira me dijo a mí... No quiero... menos todavía quiero que llegue ese día y Elvira desesperada vuelva a mí y me maldiga por haber sido quien, después de haberla separado de su padre, la separó de su marido... No...

MÉDICO

Entonces que Elvira siga sufriendo, recibiendo golpes y afrentas... ; que vea cómo ante sus ojos otra mujer abre la puerta y los brazos a su marido... Que siga sufriendo las caricias injuriosas y las injurias de ese borracho... Que ofrezca a su hija el ejemplo de un hogar deshonrado... Que resista hasta morir la cadena perpetua de una unión infamante. No sé qué derechos puede invocar mañana una hija por si su madre se ha conducido de tal o cual manera, y ni sé qué derechos puede alegar una madre por si su hija procedió de este o aquel modo. Lo que digo es que los derechos de todas las madres y todas las hijas del mundo no son suficientes para justificar ese crimen que

a conciencia nuestra, se comete con esa mujer... Y como yo no he venido sino a decir lo que he dicho, me voy... Me voy dispuesto a defender y proteger a Elvira... A aconsejarla un día y otro, sin remordimiento, que abandone su casa... A ofrecerla la mía, si no encuentra otra, y a reírme con toda el alma, a ver y despreciar al mundo de fariseos que para aparentar una honestidad que no tiene necesita víctimas como su hija.

ESCENA V

Dichos y *Benigna*. En seguida *Elvira*.

BENIGNA

(Azorada y nerviosa.) Está Elvira, la señorita Elvira.

ANA

(Acercándose a la puerta.) Hija.

ELVIRA

(Es la imagen del dolor, pálida, aviejada y caída.) Madre... Benigna...

BENIGNA

¿Está usted enferma? ¿Estás enferma?

ELVIRA

No...

BENIGNA

Estás blanca como la cera.

ELVIRA

Es mi dolor... Don Bienvenido...

MÉDICO

¿A mí no supondría usted encontrarme aquí?

ELVIRA

No. Y me alegro mucho.

MÉDICO

Me iba ya. Y me voy...

ELVIRA

Necesito hablar con usted...

MÉDICO

¿En seguida?

ELVIRA

Después.

MÉDICO

Pasaré por su casa.

ELVIRA

Por aquí mejor. ¿Vendrá?

MÉDICO

Antes de una hora... Doña Ana... Elvira... *(Se va. Doña Ana le acompaña hasta la puerta.)*

ESCENA VI

Dichos, menos el *Médico.*

ELVIRA

Veo la sorpresa que os causa mi llegada. Está justificada. Vengo a hablar contigo, madre...

DON BIENVENIDO

Os dejo yo.

ELVIRA

No.

DON BIENVENIDO

Sí... Os dejo y vuelvo. Si me necesitáis, llamadme... Estoy en el jardín...

BENIGNA

(A Elvira.) ¿Te apetece alguna cosa? Te... Jerez. ¿Unos dulces?... *(Acariciándole la cara.)*

ELVIRA

Nada, Benigna, mi buena Benigna... *(Se van don Bienvenido y Benigna.)*

ESCENA VII

Ana y *Elvira.*

ELVIRA

(Están sentadas las dos en el mismo diván donde hubo la escena del primer acto.) He abandonado mi casa, madre... No quiero volver a ella...

ANA

(Cogiéndole la cabeza con las manos y descansándola en ella.) Hija mía... Hija de mis entrañas...

ELVIRA

No quiero volver a ella. Hace tiempo, mucho tiempo, debí tomar esta resolución. No sé qué me ha detenido hasta hoy... Tú no tienes idea de lo que era mi vida... He pasado por todas las afrentas, por todas las humillaciones... Te las ocultaba cuando ibas a verme, fingiendo una felicidad que no tenía, que nunca tuve... Porque nunca fuí feliz con ese hombre a quien odio con toda el alma.

ANA

Hija mía...

ELVIRA

Me ha pegado... Ha venido borracho a su casa y llevando encima el olor del contacto con otras mujeres; me ha obligado a estar en la cama junto a él, acariciándole, entregándome. Me ha rebajado tanto, tanto, que someterme significaba ya merecer este rebajamiento... Y no lo merezco, y no lo acato...

ANA

No lo mereces. Eres mujer y eres mi hija, y sé lo que eres; no lo mereces... Pero no sé si debes o no aceptarlo, porque eres madre también.

ELVIRA

Cómo temía que me recordaras esto, y cuánto me ha contenido el pensar que pudieras recordármelo. Así te hablé yo aquel día que no sé si tú me has perdonado, pero que yo no me he perdonado a mí misma; aquel día en que, ciega, loca, canalla, abandoné esta casa y tus brazos por la casa y los brazos de ese hombre. ¡De ese hombre!

ANA

Te he perdonado de todo corazón. Si no lo hubiera hecho, te perdonaría ahora en que te veo a ti como me vi yo. Te perdonaría, porque perdonarte sería también perdonarme. Pero no puedo olvidar aquel día, porque es el que más huella ha dejado en mi vida. Antes de ese día fuí una mujer. Después de él he sido otra. El partió mi vida en dos vidas completamente distintas. Pensé desde entonces de otra manera que pensaba ; vi todas las cosas de modo diferente a como las había visto. No es afán de aumentar tu pena ni recriminarte por la pena que me causaste ; es decirte que no hay en el mundo pena igual a la de ser madre y verse repudiada por una hija.. Y tú eres madre...

ELVIRA

Mi hija me comprenderá...

ANA

¿Me comprendiste tú?

ELVIRA

Mi hija volverá a mí como yo he vuelto a ti...

ANA

Has vuelto, pero yo no he sido para ti lo que fuí ni tú has sido para mí lo que fuiste...

ELVIRA

Yo viviré sola con ella...

ANA

¿Quieres decir que tú salvarás la pureza de tu casa no abriendo las puertas de ella ni tu corazón a ningún otro hombre? ¡Quién sabe lo que harías! Lo mismo que tú

sostenía yo... Y, sin pensar, sin querer, vi mi vida atada nuevamente... La vida es más fuerte que nuestra voluntad y es ella la que dispone... Tienes la prueba en ti... Eras ya una mujer y me decías que no te separarías nunca de mi lado; salió un hombre a tu paso, y no sólo te separaste, sino que abominaste de mí... Te prometiste vivir con él siempre, fuera lo que fuera, y no sólo le dejas, sino que le odias. ¿Quién había de decirte aquel día en que, sentadas aquí, me recriminabas y me dejabas, que pasados unos años, aquí mismo habrías de encontrar como defensa tuya lo mismo que encontrabas como acusación hacia mí? Somos plumas en el torbellino de la vida... Ella nos hace y nos deshace; nos lleva y nos hunde sin que podamos gobernarla...

ELVIRA

Pues que la vida mañana haga de mí lo que quiera. En este momento puedo hacer de mi vida lo que quiera yo... Y yo, ni aun pensando en mi hija, vuelvo a aquella casa...

ANA

Soy mujer como tú, y cuando sufrí en mí las afrentas que tú has sufrido, no dudé; te cogí en brazos y lo abandoné todo... Soy tu madre y son dolores míos todos tus dolores... No sabes cómo yo odio a ese hombre que te arrancó de mis brazos y que no supo en los suyos sostenerte y darte la felicidad que mereces... Le daría cien muertes y en cada muerte le daría cien sufrimientos, y a nadie en la vida odio, y pienso que es que en él concentro el odio que pudiera tener a otros... Pero... hay en los ojos de la gente..., los ojos de la gente que yo siento clavados en mí desde que tú, aquí mismo, me dijiste que me miraban y que debí tener en cuenta, al separarte a ti de tu padre, al constituir una nueva casa... No quiero que los ojos de la gente se claven en ti y, apartándolos de tu padre y del padre de tu hija, al juzgar, vean que tú has procedido así porque eres hija mía... No verán que tu marido es como el mío. Sino que tú eres como yo, y la difamación que caiga sobre ti aumentará la difamación mía.

ELVIRA

¿Qué quieres decirme entonces? ¿Que he hecho mal en ›mar esta resolución y que debo volver al sitio que aban- ›né? ¿Que debo desandar el camino que anduve al venir ›quí? ¿Que ésta no es ya mi casa; dices que mi casa es ›quella donde fuí cuando salí de ésta? ¿Que no tengo otro ›edio ya en la vida que inclinar la cabeza ante la ad- ›ersidad?

ANA

La mujer que hay en mí te dice que no; la madre que ›ay en mí te dice que sí... Y se deja de ser mujer cuan- ›o se es esposa, y se deja de ser esposa y mujer cuando se ›s madre...

ELVIRA

Vuelve a ser madre, mi madre, y recógeme. Sé tú ma- ›re, mi madre, y acabarás librándome.

ANA

No te puedo librar de ser madre tú y de que tu hija lle- ›ue un día que te abandone porque en este momento no ›ensaste que, por encima de todo, eres su madre.

ESCENA VIII

Dichas y *Benigna.*

BENIGNA

Señora... Un caballero pregunta por usted. Me parece ›econocerle... Creo que es el marido de Elvira.

ELVIRA

No le dejes entrar. Echalo. No merece pisar esta casa.

ANA

Espera. No perdamos todos la cabeza. Si no quieres verle tú, necesito hablarle yo.

ELVIRA

¿Para reconciliarme?

ANA

Para decirle quién eres tú... Para oírle...

ELVIRA

Te mentirá.

ANA

Aunque mienta. Tú no ves, Elvira, ciega por tu dolor, todo lo que se decide en este momento de tu vida... Yo, sí... Y tiemblo, tiemblo por mí, tiemblo por ti más que por mí... Ve adentro hasta que yo te llame para salir... *(La acompaña hasta la puerta, conduciéndola como a una niña. Volviéndose a Benigna.)* Dile que pase...

ESCENA IX

Ana y *Enrique.*

ENRIQUE

(Entrando descompasadamente.) ¿Está Elvira aquí?

ANA

Estoy yo.

ENRIQUE

Es a Elvira a quien busco...

ANA

Está Elvira también... Pero no es a ella a quien has de hablar, sino a mí.

ENRIQUE

Yo no vengo a hablar. Ni con ella ni con usted. Vengo a decirle únicamente a ella, o a usted para que se lo diga a ella, que como esta noche la pase fuera de su casa, estará ya fuera de su casa toda la vida... Y que recogeré además a su hija del colegio para que no la vuelva a ver.

ANA

¿Qué te ha hecho Elvira?

ENRIQUE

Irse.

ANA

¿Qué le has hecho tú para obligarla a que se fuera?

ENRIQUE

No es a usted a quien he de dar explicaciones de mis actos...

ANA

No tienes el deber de dármelas, pero tengo yo derecho a pedírtelas. Porque si mi hija es culpable, puedo recriminarla por su conducta; si lo eres tú, puedo aconsejarte o puedo amaparar a mi hija librándola de ti.

ENRIQUE

Es ella la culpable desde el momento que es ella quien ha abandonado a su marido y a su hija.

ANA

A su hija, no...

ENRIQUE

Al abandonar la casa abandona todo lo que hay en ella...

ANA

Todo lo que no se lleve... Porque a su hija puede llevársela...

ENRIQUE

Y yo quitársela inmediatamente, amparado por la ley, si insiste en no volver a casa...

ANA

No hagamos irreparable lo que aun puede repararse... Elvira es buena, sufrida... Te quiere, te quiso tanto, que a mí, que me idolatraba, me abandonó por ti... Tiene un firme sentido del deber... Adora en su hija. ¿Por qué no rehacéis vuestra vida?

ENRIQUE

No quiero hablar de ella sin que ella esté en casa.

ANA

Está en esta casa, que es la de su madre, y tú puedes hablar conmigo mejor que con ella.

ENRIQUE

Es en esta casa precisamente donde no quiero que esté.

ANA

Te llamaría canalla, y te escupiría en la cara, y te apar-

taría violentamente de mi presencia si no me contuviera un amor más fuerte que mi amor propio: el amor de mi hija... Esta casa es más honrada que la tuya, porque el hombre que hay en ella es más honrado que tú...

ENRIQUE

No he de reñir con usted por esta ofensa. Como lo presentía, ya he dicho que no venía a hablar...

ANA

Te pido perdón por lo que te he dicho... Te lo pido con toda el alma... Y hablemos... Consiénteme que te hable yo... Sé bueno con Elvira, trátala con la consideración que merece... Si la quieres en tu casa, sostenla con toda la dignidad de ama de ella... No te digo que después de dos años de matrimonio sientas la locura apasionada de cuando la conociste; pero quiérela, respétala, si ya no puedes quererla...

ENRIQUE

Es ella quien ha de hacerse respetable.

ANA

Lo es.

ENRIQUE

Lo ha sido... No lo es... No sé si pudiera serlo ya...

ANA

¿Qué te ha hecho?

ENRIQUE

Esto...

ANA

¿Esto? ¿El abandonar su casa? Esto te hace menos respetable a ti que a ella, porque tú eres quien lo motivas.

ENRIQUE

Aunque lo motive yo, yo soy el hombre y puedo hacer lo que quiera... Nadie es juez de mis actos... Ella debe hacer lo que quiera yo...

ANA

Moral de canalla...

ENRIQUE

La moral del mundo...

ANA

La mía, no...

ENRIQUE

Yo no hablo de su moral... Por ser como es, ha sido como ha sido la de su hija...

ANA

¿Qué me quieres decir con estas palabras?

ENRIQUE

Lo que estas palabras dicen...

ANA

Dime lo que dicen para que yo te conteste.

ENRIQUE

Que la hija ha salido a la madre.

ANA

¡Que la hija ha salido a la madre! Por el tono con que lo has dicho veo toda la injuria, todo el veneno que pones en estas palabras... Me afrentas a mí diciéndome que soy como tu mujer cuando afirmas que ésta no es respetable; y la afrentas a ella diciendo que es como yo, como yo, a quien no consideraste respetable desde el momento que impusiste a mi hija la obligación de separarse de mí para cuidarte a ti... ¡La hija ha salido a la madre! ¿Por qué no dices, y ésta es la verdad, la verdad que viene de Dios, que tú has salido a su padre?

ENRIQUE

Porque no sé cómo era su marido de usted...

ANA

Era como tú... Embustero, Borracho... Mujeriego... Tramposo. Hablaba del honor siempre y no lo tenía nunca... Pensaba que su mujer había de ser una esclava y que él podía ser un libertino... Creía que tenía sobre mí todos los derechos y ni un solo deber y que yo tenía todos los deberes y ni un solo derecho... Era como tú...

ENRIQUE

No era como yo, porque yo habría permitido que se hubiese ido usted sola, pero no habría consentido que se hubiese usted ido con su hija...

ANA

Mi hija era mía... ¡Mía!... A su padre no le costó el menor sufrimiento traerla al mundo. A mí estuvo en trance de costarme la vida...

ENRIQUE

Tanto da... No se hubiese ido usted con su hija, porque la ley la hace sólo mía cuando quise casarme... No se hu-

biera ido con su hija, ni se hubiera unido a otro hombr porque yo la habría matado a usted... No soy, pues, cor fué su marido...

ANA

Eres peor...

ENRIQUE

¿Peor porque soy más digno?

ANA

Porque eres más refinado en la crueldad.

ENRIQUE

No he venido a discutir, y estoy discutiendo arrastrad por usted... Dígale a Elvira, puesto que no quiere uste que Elvira vaya a verme, que yo voy a casa... Que la puertas de la casa estarán abiertas, como siempre, has las diez de la noche. Que a las diez se cerrarán... Y que ella a esta hora no está dentro de casa no entrará en el nunca más.

ANA

Se lo diré... Y como me siento más madre que muje y como veo a ella más como madre de su hija que a como su marido, aun sabiendo que la condeno a un sufr miento por el que yo no he querido pasar, le diré qu vuelva a su sitio... Que regrese a tu lado... Que inclin la cabeza ante la vida adversa... Que se ennoblezca por dolor que representa el sacrificio de sentirse envilecid junto a un hombre a quien se odia y con el que se viv para conservar la casa en pie... Yo no volvería... Y m llevaría a mi hija... Y si un hombre como el que vive ho conmigo volviera a acercarse a mí, uniría a él mi suerte Yo no volvería... Pero a mi hija le diré que vuelva, qu se sacrifique por guardar las formas, para que no diga que se ha ido... Como a ti te digo que por guardar la

formas, y para que no digan que se ha ido, es excesivo pedir el sacrificio de una mujer.

ENRIQUE

El sacrificio de una mujer, cuando ya es mujer de una casa, nunca es excesivo...

ANA

Cuando el hombre honra a la casa para honrar a la mujer en ella...

ENRIQUE

La mujer se honra a sí misma con su conducta, sea cual sea la conducta del hombre. Esperaré abajo un cuarto de hora en un coche por si quiere salir de aquí conmigo... Esperaré en casa hasta las diez.

ANA

Irá... Te la llevas de aquí por segunda vez: la primera, queriéndote y contra mi voluntad; la segunda, por mi votú y el otro que era como tú .. Pero irá... Vete tú ahora... Podrías dar una impresión, si no volviera Elvira, de que somos unas canallas ella y yo, siendo los canallas tú y él, tú y el otro que era como tú... Pero irá .. Vete tú ahora... *(Llama al timbre. Sale Benigna.)* Abrele la puerta. *(Se vuelve de espaldas a él sin darle la mano. Vuelve a entrar Benigna.)* Que venga Elvira.

ESCENA X

Ana y Elvira.

ANA

Acaba de marchar tu marido... Le he prometido que volverías con él...

ELVIRA

No.

ANA

Se lo he prometido... Te espera abajo ahora... Te esperará en tu casa hasta las diez de esta noche...

ELVIRA

¡No voy! Mi resolución está tomada... Iré al colegio, recogeré a mi hija, la traeré aquí. Seremos como dos hijas para ti...

ANA

No mires, Elvira mía, esta hora, que es un momento de tu vida... Mira toda tu vida... Tu marido ha reconocido posiblemente su culpa y se enmendará... Cuida tú de que se enmiende... Y si sigue siendo el mismo, sufre... Y sufre con resignación, porque es entonces que está escrito por Dios que has venido al mundo para sufrir...

ELVIRA

Tú no pensabas así cuando te encontraste como yo.

ANA

Ni tú tampoco como piensas ahora cuando me hubiste de juzgar a mí... Hija mía... Hija de mi alma... Te amo como no pensé nunca que podría volver a amarte... Te veo con la pena que produce en una madre ver que su hija es un sueño muerto. Siento el remordimiento de no haber tenido el día que te fuiste de aquí la energía suficiente para retenerte, para impedir que te fueras... Sería mi remordimiento mayor si te retuviese ahora... ¿Por qué me miras así? ¿Temes que sea por egoísmo, por venganza o por no quererte como debo quererte, que te digo que te vayas? No... Es por miedo.

ELVIRA

¿Por miedo a las gentes?

ANA

Por miedo a ti; por miedo a tu hija... Por miedo a mí.

ELVIRA

Y por miedo has de ser tú, tú, mi madre, quien me vuelve a un hombre a quien yo no podré volver a querer aunque fuese un santo...

ANA

¡Soy yo, sí!... Soy yo, mirándome a mí; soy yo, por ese miedo que es en mí ahora más fuerte que todas las pasiones...

ELVIRA

Pues porque no siento ese miedo que sientes tú te digo que no voy... Que me quedo aquí...

ANA

No... Aquí, no.

ELVIRA

¿Aquí, no? ¿En tu casa, no, madre? Me echas de ella.

ANA

Te vuelvo a la tuya.

ELVIRA

La mía..., de la que no es mía, de la que yo, llena de ilusiones, hice la mía, no quedan ni las cenizas...

ANA

Puede entre las cenizas haber fuego todavía.

ELVIRA

Si hubiera, lo apagaría con mis pies... Déjame aquí contigo, madre... Sálvame esta vez...

ANA

No puedo... No puedo...

ELVIRA

Es entonces que no me perdonas lo que te hice...

ANA

Es que no quiero que vuelvas tú a no perdonarme lo que yo hago ahora; a que no te perdone tu hija a ti; a que no me perdone yo misma; a que las gentes, esas gentes aborrecibles, pero entre las que vivimos, y cuyos ojos sentimos como flechas hirientes sobre nosotras, no nos perdonen a ti ni a mí.

ELVIRA

Entonces no hay más remedio...

ANA

No lo hay. Estamos encadenadas.

ELVIRA

¿Has dicho que me espera abajo? ¿Estará todavía? *(Acercándose a Ana, besándola con pasión.)* Adiós... Adiós... Tal vez tú me has enseñado el único camino. *(Se desprende de ella. Va a la mesa donde dejó el bolso de mano. Rápidamente, sin que Ana pueda precisarlo siquiera, saca de él un revólver y se dispara un tiro en el*

orazón. Cae muerta. Su madre se desploma sobre ella.)

ANA

(Con gesto desgarrador.) ¡ Hija !... ¡ Hija mía !... ¡ Hija ıía !... ¡ Muerta !

ESCENA ULTIMA

Dichos, don Bienvenido y *Benigna.*

BENIGNA

¡ Señora !... ¡ Elvira... Elvira !...

DON BIENVENIDO

¿ Qué es? ¡ Muerta !... ¿ Quién ha sido?

ANA

¿ Quién ha sido?... Qué sé yo quién ha sido: usted, o..., las conveniencias, la fatalidad, las malas leyes de la ida. Dios que nos abandona. Todos... Todos... ¿ Qué sé o quién ha sido? Lo único que sé es que ahora la he erdido para siempre... Para siempre... *(Sigue desplomada obre ella.)*

FIN

Cárcel de Madrid, junio-julio 1926.



PM